

**LA DANZA
DE LOS EXTERNARIOS**

**1ª Edición
Diciembre, 2021.**

Miro, con estos ojos vivos, la oscuridad del bosque.
Y una dicha más honda llega al pecho
cuando, a la soledad que me enfriaba,
vienen borrados rostros, vacilantes
contornos de unos seres
que con amor me miran, compañía demandan,
me ofrecen, calurosos, su ceniza.

“Oscureciendo el bosque”

Francisco Brines

PRIMEROS PASOS

Tendría poca esperanza de sobrevivir si fuera benévolo con mi propia obra, rezumando una y otra vez las mismas sensaciones, el mismo perfil de líneas y formas.

No puedo abandonar los pinceles con las manos limpias, desgajando las capas secas de los mangos de madera como si me hubiese acostumbrado. Sin ser capaz de hacer únicos cada uno de los instantes en que mis manos esbozaban con un lenguaje distinto, una emoción y una plenitud que era de por sí escasa.

Se cierran las cajas de los bártulos porque pierdes el instinto, la necesidad y la energía necesaria para enfrentarse a una colección nueva, aunque ya hubiese publicado en octubre de 2020 el libro “Chamanes”.

No sería fiel a la realidad si renegara de tres obras que quisieron arrancar esta nueva aventura: “Titanes”, “La aparición de Dios” y “El fauno”, con esa fuerza que reconocía de antaño, y que marcaban la estela de una fuente capaz de socavar el pasado, confortando la necesidad de buscar en la materia nuevas formas espectrales, retorcidas y alienadas.

Al menos les puse nombre: “Externarios”¹, una palabra que Vicente Aleixandre utilizó para referirse al poeta Federico García Lorca; “este ser externario”. Aquel que emerge de la oscuridad con un mensaje, con un propósito.

“La danza de los externarios” es, pues, un título y una idea maléfica que jamás se me tuvo que ocurrir, y más cuando había transcurrido apenas cuatro meses desde que finalicé la colección “Chamanes”, poderosa en su argumentación estética y agotadora en todo lo demás.

“Lo que bien empieza, bien acaba”: Dicho folclórico, poco usado hoy en día, que expresa la importancia del esfuerzo inicial. Que todo aquello que se hace bien desde el principio, estará también bien finalizado.

Es muy inquietante suponer las cosas, no conoces a los artistas desde el burladero. Todos somos sonambulistas

descubiertos con las palmas manchadas, temblando de pies y manos para poder ser creíbles. Paul Aster escribió el libro "To Reach the Clouds" en homenaje a Philippe Petit atravesando la cuerda floja entre las dos torres gemelas de Nueva York. Allí estábamos todos, sustentando su cuerpo para no precipitarnos al vacío, donde nadie se acuerda de ti.

Buscar puede ser sinónimo de investigar o indagar, y lo contrario tiene esa maledicencia social que da desistir o abandonar, dejar de lado las cosas que no nacen, como fetos inmaduros, ciegos y sordomudos.

Aquellos espectros incipientes tenían la clave de bóveda de una nueva colección, sosteniendo un juego sutil, a través de la penumbra, como elogio a las sombras² que Junichiro Tanizaki nos desvelaría magistralmente en sus escritos.

A veces como un simple relato, que proferí a través de la estética tradicional japonesa una claridad bella y robusta de las cosas insignificantes, desprovistas de un pedestal grandilocuente. "Vivir entre formas luminosas y vagas que no son aún la tiniebla", con esa insistencia pertinaz con la que José Luis Borges renunciaba a toda claridad deslumbrante y cegadora, incapaz de preservar un secreto. Cuando escribió "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" en 1940 como relato de ciencia ficción, describía una visión filosófica particular del universo, como una alegoría de la imposición de un puñado de tiranos racistas a un mundo sometido. La misma que inspiró a los nazis y a Adolf Hitler, dejándonos al borde de las tinieblas.

Qué capacidad tiene el ser humano de resurgir del abismo más tenebroso y oscuro, recomponerse en un mundo devastado por la crueldad y el odio de los verdugos donde aún hay esperanza.

Cuando terminó la segunda guerra mundial la vida tenía que afrontarse para todos, y los escritores se alimentaron de cenizas. Algunos poetas alemanes, como Erich Kästner se postraron sobre la tierra: "La tierra, por fin, estaba en silencio

y satisfecha y recorría, totalmente tranquila, su conocido camino elíptico”.

—¡No tienes por qué precipitarte! —pensé—, ya llegará tu momento, la culminación esperada de una vida de sacrificios. ¡Todos mentían mientras les dabas pan y vino!.

La madre le dijo al hijo que ella plancharía los calcetines desollados. Me dejó en silencio. ¡Dejadme un lienzo que tenga tanto amor! Que deje la verdad con tan pocos trazos, huérfanos de vanas estridencias. ¡Ese será mi triunfo! Mi alcázar, mi semblante digno de un fiero conquistador.

Uno debe seguir la palabra intuición, aquella que te estira de la pernera del pantalón con todas sus fuerzas. Las figuras chamánicas de mi anterior colección cubrían en su eje vertical todo el ritual de vida y muerte, alzando solemne el gesto altivo del orante con los brazos abiertos en cruz, incapaces de gesticular una palabra que no fuese a su dios.

Qué sencillo es mover una palabra de sitio, a veces una idea o una ilusión infantil. Los chamanes, rígidos y persistentes se resistían con todas sus fuerzas a abandonar su heráldica presencia en el lienzo. Abnegados y firmes, dejaron en mí un último alarde de poder, con una cicatriz dolorosa que comenzaba en mi necesidad y terminaba en la suya.

No es fácil mostrar a los demás una obra que carece de raíces. Aquel profesor de la escuela de arte reflexionó mucho antes de contestar: —¡Es un tótem animal, eres tú mismo renaciendo de la penumbra! Se quedó tan ancho y me dejó a mi masticando sin agua una idea muy atrevida. El pintor de sueños lúcidos Pepe Rubio Pacheco, inscrito en un bello poema dedicado y recitado por Lola Castillo, resolvió la pregunta con inquietantes silencios: “¿En qué lugar del tiempo, la luz liberó a la oscuridad del miedo?”

Las manchas de color verde lima flameaban adyacentes como grafos alrededor de la figura totémica, algo desplazada hacia la izquierda, abandonaba su centro. Una danza de seres retorcidos

como fetos inmaduros recorrían el fondo oscuro, desvelando veladuras ocres y púrpuras. Antonin Artaud lo expresaba mejor a su manera: “El fuego de lenguas. El fuego tejido en flecos de lenguas, en el reflejo de la tierra que se abre como un vientre que está por parir, con entrañas de miel y azúcar”.

Mi inconsciente no tenía la menor intención de pedirme permiso, y una retahíla de obras nacieron sin formas definidas, como pareidolias de seres que quieren existir.

“El regreso de la luz es siempre un placer aciago. Hay un estrépito de seres que no conocen la luz ni la anhelan”³; ¡Qué bien lo expresó mi amigo orcelitano José Luis Zerón Huguet, con esa alianza antigua que tienen los pintores que aprenden de poetas grandes.

El papel *washi* traslúcido o *shoji* realza la belleza con un efecto tamizado de la luz que destierra la claridad deslumbrante que impide el enigma de las sombras, donde los externarios se adivinan.

Yo los he visto nacer, reclamando su existencia entre los esbozos de carboncillos, con las tizas rotas entre mis dedos, arrastrando con vigorosidad los pigmentos ocres, formando veladuras limpias de impurezas.

Atisbo sus pequeñas manos abiertas, sus primeros sollozos, el amor incipiente que nace en un mundo fragil y descarnado, incapaz de perdonar la inocencia.

¿Quién habla en nombre de los inocentes? De aquellos seres inmaculados de la vida, que cargan con un destino incierto, con una cruz demasiado tediosa y plomiza como para creer en ella.

Nacen las obras sometidas a los cánones de belleza de una sociedad que lo agota todo, sin preguntar siquiera por su legítimo valor. Yo presencié en mí la metamorfosis de las máculas, sus gritos agonizantes por engendrar formas legibles y duraderas, los sollozos de un lienzo tembloroso con

el palpito de mis manos quebradizas, de mi memoria perdida, donde el poeta granadino recitaría sus últimos versos: “Y el mar recordó, ¡de pronto!, el nombre de todos sus ahogados”⁴.

Son los primeros pasos, las primeras palabras que dejan la colección de arte con el nombre de un ruiñón enterrado en el silencio de las sombras, donde danzan los seres externarios, arrojados por la indiferencia del mundo antes de desaparecer para siempre.

NOTAS AL TEXTO:

1. Externarios. Vicente Aleixandre se expresó en una entrevista realizada en 1977, el mismo año de la concesión del premio Nobel de Literatura, sobre la personalidad de Federico García Lorca, definiéndolo como un ser externario.
2. “El elogio de la sombra”. Manifiesto sobre la estética japonesa de Junichiro Tanizaki, escrito en 1933. En él se argumenta que en Occidente la belleza siempre ha estado ligada a la luz, a lo brillante y a lo blanco, y que lo oscuro, lo opaco y lo negro siempre han tenido una connotación negativa.
3. “Hay un estrepito de seres...”. Perplejidades y certezas. Editorial Carpe Diem, 2017. José Luis Zerón Huguet.
4. “Y el mar recordó de pronto...”. Fragmento del poema «Fábula y rueda de tres amigos», publicado en “Poeta en Nueva York” en 1940.

**«Lux per se et color
illuminatus feriunt
oculos»**

**Alhazen (IBN-AL-HAITAM)
965-1039 d.C. El Libro de Óptica**

COLECCIÓN
EXTERNARIOS





TITANES

2021

Técnica mixta sobre lienzo
30 X 24 cm

EL FAUNO

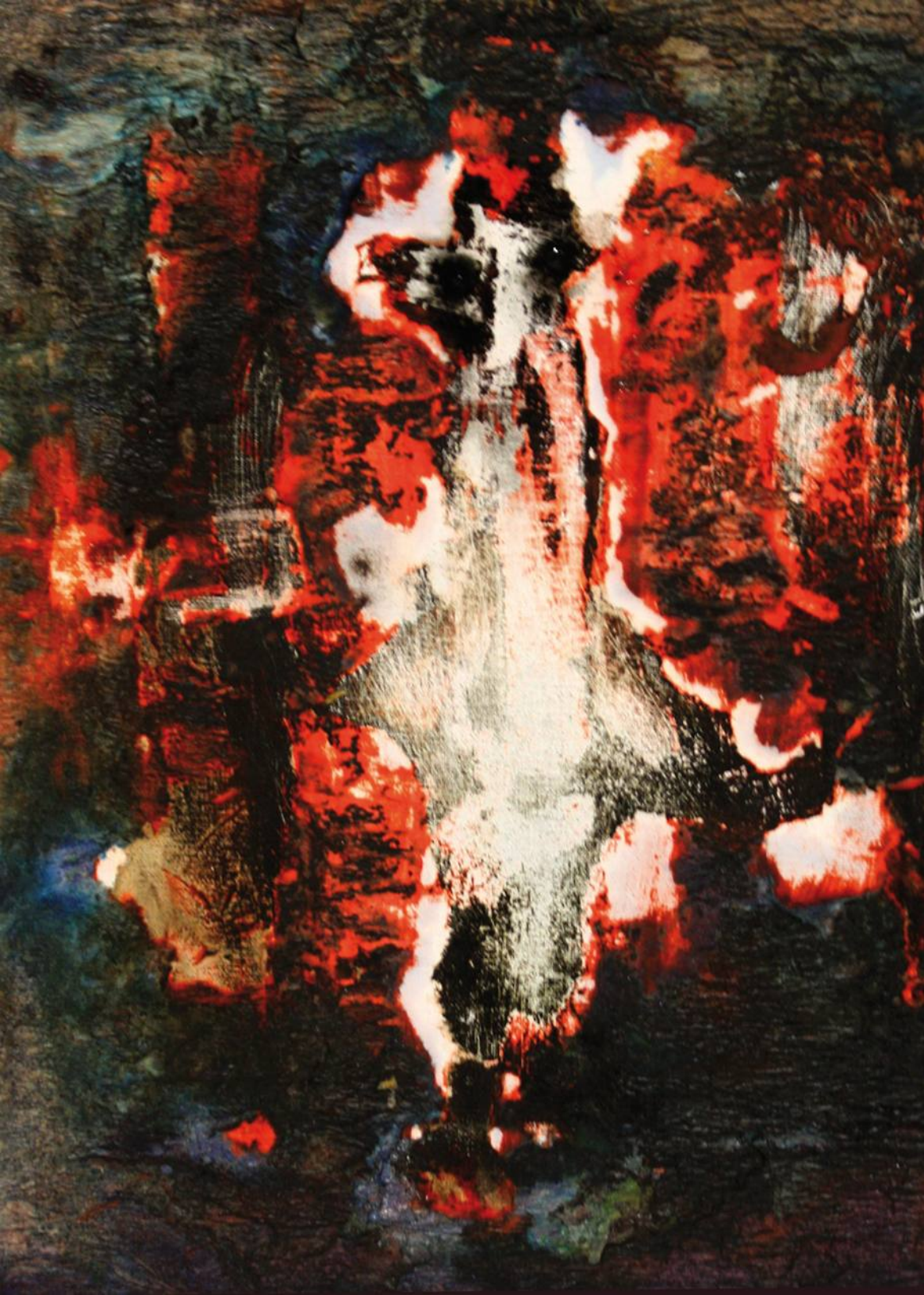
2021

Técnica mixta sobre lienzo
46 x 38 cm

Más allá de donde
aún se esconde la vida, queda
un reino, queda cultivar
como un rey su agonía,
hacer florecer como un reino
la sucia flor de la agonía:
yo que todo lo prostituí, aún puedo
prostituir mi muerte y hacer
de mi cadáver el último poema.

Leopoldo María Panero

LA APARICIÓN DE DIOS
2021
Técnica mixta sobre lienzo
35 x 27 cm



"Después de Goya -con su palabrota a la cortesanía y a su tiempo-, solo nos queda la auténtica vía social de los despojos materiales, el florecimiento del homúnculo como insidioso arquetipo.

El homúnculo es una consecuencia esperada de la grandísima belleza que puede traslucir el harapo así, puesto al desnudo, en su evidente porquería.

La destrucción y el amor corren parejas por los espacios y parajes descoyuntados. No importa que el hombre se haya roto si de él emergen rosas de légamos y principios renovadores como puños".

Manolo Millares



VA CONTIGO LA SOMBRA
2021
Técnica mixta sobre lienzo
30 X 20 cm



SOMBRA Y LUCES

2020

Técnica mixta sobre lienzo

60 x 50 cm



EXTERNARIO

2021

Pigmentos puros sobre lienzo

30 x 20 cm



NUEVOS DIOSES
La caída del ángel
Técnica mixta sobre lienzo
42 X 53 cm



EL DRAGÓN
2021
Técnica mixta sobre lienzo
40 x 40 cm

Emilio Vieites es un artista que nos ofrece un mundo onírico a través de sus obras donde el hombre es protagonista. El color adquiere unos matices especiales repleto de efectos y transformaciones que logra mediante el uso del betún de judea. Y así, en el proceso creativo el juego de la materia tiene un papel esencial, junto con el movimiento y los halos de luz. Estos elementos crean un mundo propio. Por ello, acuñó el término Expresionismo Onírico en el 2012:

“habla de la energía, es decir la naturaleza, que subyace en el hombre y le permite ser auténtico, vivir su singularidad. No es un estilo artístico vinculado con lo onírico, ni habla de la naturaleza, sino que utiliza capas de pintura translúcidas que dejan ver algo más allá, evocando un mundo onírico”.

El artista trabaja con eventos históricos que han marcado la historia de la humanidad como el 11-S o los campos de concentración de Auschwitz. Estos eventos han supuesto ver la propia esencia del hombre, su luz en contra de la oscuridad que le rodea: su humanidad. Por ello, la luz en sus obras siempre está presente. Nos recuerda con sus obras que siempre hay esperanza.

En las últimas series “Chamanes” y “Externarios” han supuesto una evolución pictórica en su obra. El artista nos ofrece una pincelada desnuda y llena de materia dejando a un lado el juego de texturas y el predominio del rojo. Nos presentan una visión intimista donde el artista retorna al pasado, a su origen. ¿Quién no recuerda la pureza de los colores de esas cuevas prehistóricas?. Emilio Vieites nos muestra una visión más pura y compleja para hacer reflexionar. Reflexión que nos trajo la COVID-19 al darnos cuenta de lo que es importante, dejando el mundo fuera.

Patricia Navarro Ferrer
Historiadora del Arte.
Lanzarote, 4 de Octubre de 2021.

Primeros esbozos
serie Holocausto.
Pigmentos puros
sobre tablet. 2021



Pues busquemos entonces el corazón. Y decidamos. ¿Es posible escribir después de Auschwitz? Sí, desde luego. Se ha escrito mucho, por fortuna. Pero no es conveniente escribir olvidándose de que Auschwitz ha existido. De que Palestina existe hoy. No deberíamos ser indiferentes a la tortura, a las cárceles, a la muerte, a los cuellos fracturados, a las humillaciones por motivos raciales en el autobús cotidiano de la vida. Y para seguir escribiendo, además, es conveniente recordar que en la condición humana, junto a la crueldad, danzan también el amor, y los cuidados, y el baile, y películas como la última de Michael Haneke. Nos vincula nuestra debilidad. El fanatismo, que es fuerte, nos cierra los ojos. Quien se pone de parte de las víctimas, puede equivocarse, pero sus errores no son nunca muy graves. Quien se equivoca al ponerse al lado de los verdugos corre un riesgo mucho mayor de indecencia. Eso nos enseñó Auschwitz, algo que no debemos olvidar, sobre todo, los que estamos empeñados en seguir escribiendo poesía.

El amor después de Auschwitz

Luis García Montero

Publicada por Infolibre

ALFRED MAYER

No sentí en mi boca los dientes que no se tienen al nacer, cuando más se necesitan para masticar toda aquella existencia universal, con lo rimbombante de la palabra Universo, cósmico y profundo, resonando en mis oídos de cartílago recubiertos de piel.

Hay que ser muy despiadado para dejar al azar los designios del nacimiento, como si el milagro de la vida no tuviese un precio: crecer y dejar de hacerlo.

Aquel muchacho que fui una vez se sentó en la penumbra de un puente de Einstein-Rosen mientras el mundo al que pertenecía viajaba por el tiempo a una velocidad de un segundo por segundo.

No encontré nada en las grandes ciudades, ni en sus inmensos museos atiborrados de obras, ni en el Nueva York más vertical, ni siquiera en aquellas casas lujosas de pretenciosos coleccionistas vanagloriados de sí mismos. Nada tan inconmensurable como el encuentro al azar de aquellos seres cicatrizados sin patria, inmersos a voluntad en un gigantesco acelerador de protones que transformaba cada uno de esos encuentros en una nueva partícula de Dios, o, más bien, en un instante lúcido que mereciese ser recordado.

“El olvido está lleno de memoria, y yo no me olvidé”, escribió Mario Benedetti. Con ese silencio piadoso recordé la última vez que Alfred Mayer, en su 93 cumpleaños, cerró la puerta de su vieja casa cerca del parque Darmonuth. No llevaba consigo más que un bastón de madera de haya con empuñadura en forma de T y, en el bolsillo derecho, una pequeña fotografía, apenas visible, de una niña sentada en el suelo con un juguete destartalado. Después de todo, uno elige lo que su mano pueda asir con firmeza, con esa necesidad mordaz que tienen los seres que lo han perdido todo menos la vida.

La primera vez que lo conocí, regentaba una modesta librería de libros usados en Marchmont Street. Aquella afición desmedida por las publicaciones antiguas provenía del recuerdo de su mujer, maestra de escuela y amante de la lectura, coleccionista también a su manera. Aún conservaba

Alfred, a modo de reliquia, un maravilloso libro de cuentos ilustrado por M. Peschlow de finales del siglo XIX, que recogía el romanticismo tardío y un lirismo inocente que da esa persistencia de trazos relamidos y colores apastelados, rayando en ocasiones el arte *Kitsch*. —¡Le encantaba a Margaret! —me decía—, con esa mirada lejana y confusa de la que uno no debe esperar más que respeto y la suficiente claridad como para no preguntar más.

A veces se doblan las esquinas con ángulos demasiado obtusos como para prever tu propio destino, y, menos aún, el de los demás, aunque sean de tu propia sangre o respiren y coman de tu propio plato.

Y aún así, no recuerdo ni una sola vez una palabra menos amable que otra, ni siquiera cuando un achaque lo dejaba baldado por fiebre o por accidente. Porque mi amigo Alfred tenía la sutil capacidad de recordarme, cada día y a cada hora, que no necesito demasiado para ser un hombre de media sonrisa. No dejaba de insistirme, con esa voz de ultratumba de fumador empedernido de cigarrillos grays y bebedor de whisky de malta Macallan de 12 años, que la felicidad era una artimaña, un timo de la existencia. —Please, have peace! —me repetía—, con el dedo índice, como una varita mágica, apuntándome mientras golpeaba ligeramente mi sesera.

Se balancean las alas de los pájaros con un trazo único y certero. La complejidad insulsa y febril se desvanece en el ocaso, con esa quietud sin tiempo, sin sílabas, ni acentos mudos e impenetrables. —¡Ya no soy capaz de divisarlos! —¿Tú los ves?—

En un paseo fugaz, con el horizonte de la tarde, llegamos a una pequeña plaza que solíamos frecuentar, encajonada entre dos edificios de ladrillo rojo de los años 60, olvidada por todos, desprovista del lustre londinense, sin esculturas ni fuentes, y sin el refinamiento de un jardín inglés impoluto de Kensington Gardens.

Podía contar los pasos desde su domicilio, las paradas obligadas en cada uno de los instantes en que retorcíamos nuestra

mirada, en ese absurdo que es contemplar lo insignificante, obcecados por la simplicidad de nuevas formas que iban surgiendo por el reflejo de la luz. A veces eran los escaparates de las tiendas, el rótulo de un café, o la complacencia de un joven al encuentro de una preciosa mujer de ojos azules. ¡Qué distintos eran los encuentros de aquellas parejas! Los besos, el abrazo de bienvenida, todo aquello seguía una secuencia sutil de acontecimientos que solo una mirada paciente podía desvelar.

Alfred tomó asiento, apoyando su espalda sobre el banco de madera, mientras recogía la repisa de su chaqueta de pana parduzca de otra época, más allá de las modas y los convencionalismos de la *"London fashion week"*.

Nada de aquello tenía por qué ser perfecto, ni el lugar, ni el modo. Hay una expiación del dolor en esa monotonía forzada con la que afrontamos nuestra indiferencia. Cuánta solemnidad absurda en un mundo que se precipita bajo nuestra indolencia, con esa frivolidad que tienen los malditos que no aspiran más que a sus propios deseos.

Nadie cuenta las hojas muertas, ni escucha el último aliento de un pájaro herido. Somos también lo que no hemos sido, lo que nadie tiene por qué saber, el secreto que se desvela con la piel de los otros.

"Ya por cambiar de piel o por tenerla nos acogemos a lo oscuro, que nos viste de sombra la carne desollada". Ni en la sombra de un poeta, ni en su poesía puedo dejar de recordar a Octavio Paz, y, sin embargo, todo queda latente en la penumbra, en el fondo de la caverna, donde los ojos que no están se iluminan bajo una luz sin sombra.

Este hombre lánguido y vetusto había dejado atrás un planeta que ya no le pertenecía más que en las formas y dimensiones que él hacía suyos. Aquel astronauta de 93 años recorría distancias siderales en busca de un recuerdo anclado en la memoria, donde las cosas sencillas tenían el amparo de los seres invisibles que danzan antes de desaparecer.

Saqué de mi bolsillo una bolsa de maíz. Alfred se sentía

fascinado por la voracidad de aquellas palomas bravías. Merecía la pena observar su rostro ensimismado contemplando la escena. El tiempo se había lentificado con la solemnidad de un teatro lorquiano de barraca, donde la belleza olvida la tramoya y deja desnuda la mirada sin adornos, con el único y flagrante velo de realidad que da el verbo presente.

La imagen final de nuestras vidas se crea con esa férrea voluntad que tienen los hijos de Eva de asombrarse a sí mismos. No necesitamos demasiado para justificar nuestra existencia, quizás un hilo de esperanza, un gesto o un abrazo inesperado que resucite una certeza antigua, desprovista de maldad, que nos conforta y nos hace mejores.

LOS MUSGOS VERDES

¡Qué tendrá el crepúsculo que deja al hombre masticando su propia carne sin censura! Con ese delicioso despertar de los sentidos que no se tienen al nacer y dejan la noche plagada de estrellas que nadie ve.

La tierra lo tiene todo. Hay seres invisibles que dejan su huella, no son más grandes que un guijarro ni más pequeños que una hoja, ni siquiera seca, retorcida, inmóvil o seducida por el aire.

—¡Te seguiré a ti sobre todo! —¡Quien quiera que seas, te seguiré desde este mismo instante!—. Tenía tiempo para divagar, mientras Alfred sonreía, a veces por cosas insignificantes. ¡Qué extraño se me hace recordarlo! Sus huesos permanecían unidos por la intemperie de dos guerras, y un pequeño tatuaje de cinco cifras en su antebrazo derecho, apenas perceptible, dejaba ver su pasado. A los prisioneros que llegaban a Auschwitz-Birkenau se les asignaba un número. Solo se hacía con los que trabajaban, los otros eran enviados directamente a las cámaras de gas. —¡Yo tuve suerte! —se repetía. Prefería no hablarle demasiado de aquellas circunstancias porque su semblante palidecía, apretando los puños a la chaqueta, como escondiendo su

rabia. No hay consuelo para un ser humano enmudecido por el recuerdo de su esposa e hija de dos años, asesinadas en una de las cuatro cámaras de gas con que contaba el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau.

Alfred Mayer había nacido en la ciudad polaca de Zgorzelec. Atravesando el puente del río Neisse conectaba de nuevo con la ciudad alemana de Görlitz. Cada día cruzaba la frontera hacia Berlín, después de haber montado una pequeña empresa de transporte con dos camiones militares reconvertidos G917t de fabricación alemana. Nadie podía imaginar siquiera lo que se avecinaba.

De padre alemán y madre polaca judía, tuvo el deber de proteger a los suyos durante la operación nazi “Fall Weiss” de 1939. Muchas familias dejaron de existir, algunas fusiladas in situ y otras deportadas a los campos de concentración de la zona oriental. Polonia volvió a sufrir un terrible desmembramiento, en un país ya repleto de conquistas y atropellos a lo largo de su historia.

La verdad aparece desvencijada entre musgos verdes sobre la tierra irisada. Todo se desvanece en la penumbra de los desiertos que florecen. Ya nadie mira las copas de los árboles “London planes”, que flamean su danza en el horizonte de la City. Qué sola debe quedar, a esa altura, la existencia que deja el murmullo de un atril solitario. Allí donde se desvelan cielos manchados por la indiferencia de un mundo que fluye desde el alba, con un estrépito de seres que habitan en la penumbra. Los mirlos sobrevolaban el segundo piso que estaba justo enfrente nuestro. La señora Stevenson tenía la costumbre de dejarles comida en la repisa de su balcón, entre dos grandes maceteros que sobresalían al aire. Qué inquietante era comprobar el latido sincronizado de una orquesta, a veces cómica y *les luthiense*, desprovista de una partitura impresa que dejase la tarde monótona y previsible. Todos aquellos músicos tenían alas, patas, nidos, cadáveres, ramas, flores,

hojas, nubes, hombres, mujeres, niños y el tránsito de algún coche en la distancia, detrás de dos espesos nogales y un muro de azaleas púrpuras que tapiaban el límite del parque hacia el sur, cerca de la carretera.

Una vieja perra color canela, ciega de un ojo, acudía sigilosamente todos los días desde el callejón que daba al 84 de Dartmouth Hill. Movía su rabo alborotado buscando las caricias que no dudábamos en obsequiarla, apoyando su hocico entre mis pies. La bautizamos con el nombre de Altair, como la estrella que se mueve en un péndulo infinito al son de una música antigua, tan primitiva como la luz y la necesidad de existir.

Las horas transcurrían con la claridad menos plomiza de una tarde que llegaba pronto a su fin. Ya no volveríamos a verla, ni a ella ni a nada de todo aquello, porque las cosas no son para siempre, si acaso la voluntad de aceptarlo.

¡Qué difícil es asumir la última hora! El instante preciso cuando sabes que no hay orilla, en esa corriente vertiginosa y despiadada que lo inunda todo, precipitando nuestras dudas, cuestionando el sentido de la existencia. —¡Qué necesidad habrá de darle sentido a las cosas! —pensé—. Cuando ya adquieren su significante, cuando la gravedad los desploma y los pone a girar en la inmensidad, aunque ya no sean, o se transformen en algo intangible.

LA TABERNA DE MARÍA

La tarde se nos echaba encima, no era un día cualquiera, no solo por ser el cumpleaños de Alfred. Llevaba tiempo esperando este momento. Después de haber vivido 30 años en Londres, lo tenía todo dispuesto. Una empresa de mudanzas le enviaría sus pertenencias en unos días a Zgorzelec y su casa de Dartmouth ya estaba a la venta en una *real state* muy conocida de la City.

Aquella misma tarde del 12 mayo de 2017 se levantó por última vez de aquel banco enmohecido, con esa ceguera

voluntaria que da la nostalgia desprovista de tristeza.

Alfred prefería partir con lo puesto, —¡Como llegué a este mundo! —decía, levantando teatralmente su viejo bastón de haya mientras se transformaba en rapsoda. —Déjame la dulzura efímera de un glorioso otoño o de un sol poniente, todavía puedo saborear el momento y el encantamiento efímero. Tenía a Baudelare siempre en su repertorio, ni siquiera aquella “canción de otoño” podía olvidársele. Sobre todo teniendo a mi amiga María de admiradora, en una de esas veladas nocturnas interminables, donde terminaba dormido, exhausto en su mecedora Styla london de madera maciza que yo le compré por Amazon, hacía ya siete años.

Su avión salía a las 8 de la tarde desde el aeropuerto de Heathrow con destino a Varsovia, donde descansaría unos días antes de su regreso a Zgorzelec. Apenas nos quedaba una hora para despedirnos, pero Alfred quería visitar por última vez la pequeña taberna que regentaba María en el 33 de Dartmouth Park Hill, muy cerca de la plaza donde nos encontrábamos.

A María la conocí en uno de los pasillos de la terminal 2 del aeropuerto de Gatwick. Deslumbraba, no solo por su belleza, sino por la pasión con la que describía sus viajes por todo el mundo.

No conocía un pasaporte tan abarrotado de entradas a decenas de países. Incluso me mostró, incrédulo de mi, un sello con tres pingüinos del Ártico.

Recuerdo también con nostalgia nuestro primer café en la terraza del National Portrait Gallery y una sonrisa deslumbrante, tan generosa como su manera de conquistar a mi viejo amigo.

Sí, a veces se le iban los ojos, porque María estaba dotada de muchas cosas y a ella le encantaba la picardía de Alfred, que siempre sabía mantener una caballerosidad y un cariño inconmensurable por ella. Atravesamos la puerta de madera roja con una flor de lis en el centro. María nos esperaba de pie con su preciosa blusa blanca “chiffón” seda, y una falda de

muslo abierta roja y gris perla.

No me atreví siquiera a suspirar. Podía escuchar de fondo la nocturna Op.9 N.º2 de Frédéric Chopin, mientras no dejaban de abrazarse, apoyando sus cabezas adormecidas, como dos amigos que no entienden de despedidas.

HEATHROW

Ya tenía el impreso de internet con su código de barras para poder conseguir el resguardo de embarque en la máquina expendedora de la compañía Lufthansa. Es increíble lo fácil que resulta pagar tan poco por un billete cuando lo haces con dos meses de antelación. Será mucho más caro el taxi hasta el aeropuerto de Heathrow; aunque yo, desde luego, volvería a Londres en el Heathrow Express, que es la forma más rápida para llegar hasta Paddington por diez euros.

Alfred no consiguió nunca cogerle el tranquillo a los ordenadores, por más que me empeñé, en su casa, de mostrarle con parsimonia rutina los cuatro trucos básicos: encenderlo, abrir dos programas y apagarlo. Sí, apagarlo definitivamente con aquel portentoso ratón con el que me sorprendió encima del escritorio, quizás de principios de los años 90, una reliquia de la vanguardia tecnológica de Appel Corporation, que dejaba mi mano pequeña en comparación. El taxista nos dejó a tiempo después de recorrer la M4 sin apenas tráfico. Algo que nos permitió unos minutos de tregua antes de que Alfred se dispusiera a realizar el *check-in* en el mostrador de la compañía alemana Lufthansa.

Desde niño yo sufría una aversión patológica a las despedidas, un temor profundo que había calado en mí con tal intensidad que se palpaba en mi rostro, y, en ocasiones, en ese arrastre tembloroso que tienen las palabras que sucumben a la ansiedad. Afortunadamente, Alfred lo sabía, y respetaba mi silencio, con esa benevolencia que tienen los seres que saben comportarse con las debilidades ajenas.

No necesitaba saber la hora, ni jamás la pregunté mientras estuve en su casa. Me sentaba en un extremo del enorme sofá rojo aterciopelado de *Bespoke nature* mientras permanecía ensimismado escuchándolo, con esa manera de afrontar la existencia que lo hacía especialmente valioso. No porque fuesen únicos cada uno de sus relatos, o los comentarios que añadía con esa retrospectiva que tiene la edad, sino porque te hacía sentir a ti mejor de lo que eras, con ese soniquete que tienen los sabios vivientes que no dejan por imposible a nadie. A veces me daba la impresión de que Alfred lo había leído todo. Su casa estaba abarrotada de libros, ordenados por temáticas en una inmensa librería de madera roja que llegaba hasta el techo. No había nada que no tuviese un significado, una verdad sonora que él sabía recitar con dos palabras y un sutil aspaviento de manos. Aquellas manos larguiruchas se aferraban a la vida, con esa memoria persistente que había desterrado el odio y la indiferencia. —¡Es muy sencillo hablar de violencia cuando eres verdugo! Pero los inocentes siempre tienen que perdonar para poder despertarse—. Me lo decía mientras recogía la taza de café, con esa voz que escuchas desvanecida en el largo pasillo que iba a la vieja cocina.

La primera vez que le comenté que yo había venido a Londres por el Arte, quiso ver los cuadros que tenía en mi estudio de Barlby Gardans. En aquella ocasión no supe entender, o no quise preguntar, por qué se había emocionado tanto al ver aquel lienzo: "Auschwitz, vagonetas de la muerte". Era una obra antigua, que ni siquiera estaba colgada en la pared; más bien la tenía reservada en un rincón, detrás de otro cuadro de mi primera colección "Rojo sobre humano".

Así fue como comenzó realmente nuestra amistad, en esos encuentros al azar que han marcado el tempo de mi vida, con esa estela febril y persistente que tienen las apariciones que se alimentan de la necesidad. ¿Pero quién nos necesita?

Quizás el vasto universo pueda prescindir de nosotros, de nuestras aspiraciones, de nuestras agonías que inundan de sollozos la claridad de un inmenso cielo de estrellas. Y, sin

embargo, “el árbol de la vida”, la nuestra, tenía las raíces atoradas después de un siglo XX repleto de guerras, y la última frivolidad de Auschwitz nos había dejado completamente huérfanos de nosotros mismos.

Yo nunca pretendí pintar el dolor, ni el sufrimiento de aquellos seres descarnados; más bien su capacidad de resistir, de alzarse exhaustos, de asumir la pérdida, y compartir el dolor, porque, al final, compartes tu vida como puedes o como te dejan. A veces, es suficiente una canción de Carmen McRae: “The Very Thought of you”; o un poema de Walt Whitman, que tanto le gustaba recitar en voz alta. También una imagen, o una pequeña fotografía, aquella que Alfred había reservado para mí antes de partir: su hija Sara, con un juguete destartado, fue también, en su breve existencia, una niña muy feliz.

Pasaron muchos años hasta que decidí volver a las inmediaciones de Dartmouth Park Hill. No había modo de recomponer tantas piezas, ni tantos recuerdos. El banco de madera enmohecido permanecía intacto, quizás el óxido había hecho algo de mella en su estructura, pero los mirlos seguían sobrevolando el segundo piso de la señora Stevenson; mejor dicho, de su hija, que continuaba la tradición de su madre, llenando el cuenco de barro con migas de pan con la ayuda de sus dos hijos pequeños.

Me senté por un instante donde solía hacerlo y, a veces, tenía la sensación de que Altair continuaba apoyando su hocico sobre mis pies, mientras Alfred no dejaba de sonreír, como lo hacen los hombres que saben ser felices, con una bolsa de maíz y una palabra amable.

Emilio Vieites Aguiar
29 de junio de 2021



VAGONETAS DE LA MUERTE
Colección "Rojo Sobre Humano"
2012
Acrílico sobre lienzo
80 x 100 cm



EL RESUCITADO

“Apretujados uno contra el otro para tratar de resistir el frío, con la cabeza vacía y pesada a la vez, en la mente un torbellino de recuerdos enmohecidos. La indiferencia embotaba el alma. ¿Aquí o en otra parte, qué importaba? ¿Reventar hoy, mañana o más adelante, qué importaba? La noche se hacía larga, larga como para no terminar jamás”.

La noche. Elie Wiesel. 1958

Un velero acorazado viró por delante con todo el velamen desplegado, alejándose de ti, postergando su existencia al mismo tiempo que la mía. No es triste vivir sin nombre, ni mucho menos morir con él. La claridad está en el significativo, revelando su poder con ese bastión poderoso y solemne que es ser llamado.

Los cuerpos se arremolinan frente a la entrada del hospicio esperando una mano abierta que no sea la suya. Un eco majestuoso y profundo resuena en el cielo de los enmudecidos con la promesa de una verdad que solo comprenden los ausentes. Todos lo somos, tarde o temprano.

Aquella madre se aferró al cuerpo de su hijo cuando todo era esperanza, con ese vaivén grotesco e inicuo que es despedirse de un inocente. ¡Dime ahora quién recita el verso lúcido con la voz de los ahogados! Con esa terrible indiferencia que es dejar una habitación desierta. Las palabras no tienen sentido cuando eres un cuerpo, el pan y la sopa son la rutina de una sombra que no encuentra su vientre. ¿Dónde estás ahora amigo mío? Elie Wiesel hizo a Dios culpable en un juicio que dejó a los orantes fervorosos y agazapados en una barraca de madera sucia. Hoy los ojos, tus ojos, se mueren sin testigos. ¿Quién habla en nombre de la barbarie?

Tengo la sensación de haberme precipitado en demasiadas agonías. Las certezas se sostienen con breves instantes crepitando nuestros huesos con una plegaria muda frente al espejo.

“Escucha mi voz singular que te canta en la sombra, con la voz vieja de la juventud de los mundos”, con esa indolencia asumida con la que Leopold Sedar exaltaba la dignidad del fracaso de los hombres que nacen sin un propósito.

Todos somos vivos o muertos, inefables bajo la timidez de las formas que ya no son, o no son en verdad como eran, y sin embargo, persistentes, nos dejamos rescatar con el murmullo de un recuerdo que nos conforta y nos aleja de nosotros.

Los creadores también se obstinan en confortarse con sus obras, con la complacencia que es ser padre y madre de un hijo nacido a nuestro antojo. ¡Qué triste debe ser asumir con tanta frivolidad nuestra grandeza! Lo suponemos todo, hasta nuestras miserias. Los trazos nacidos de la vanidad tienen una benevolencia absurda que regocija a la mayoría.

Los pasos que uno recuerda, aquellos primeros pasos recelosos con los que pretendía erigir un nuevo altar de colores y formas se vislumbraba en la penumbra de forma lenta e indolora, fluyendo por un manso declive. El mismo con el que José Luis Borges definía la vejez hacia la eternidad de las cosas que desaparecen para siempre.

¡Qué tendrá el asombro que deja los pinceles resucitados! Con ese carácter febril y desdichado que tienen los enfermos de Alzheimer que no dejan de reconocerse una y otra vez.

Aquella nueva obra: “El resucitado”, se obstinaba en confundirme. Atrincherada en su complejidad se precipitaba en un equilibrio aciago y rotundo que nadie tiene por qué entender.

¿Qué esperas de una obra que no comprendes?

SERIE
HOLOCAUSTO

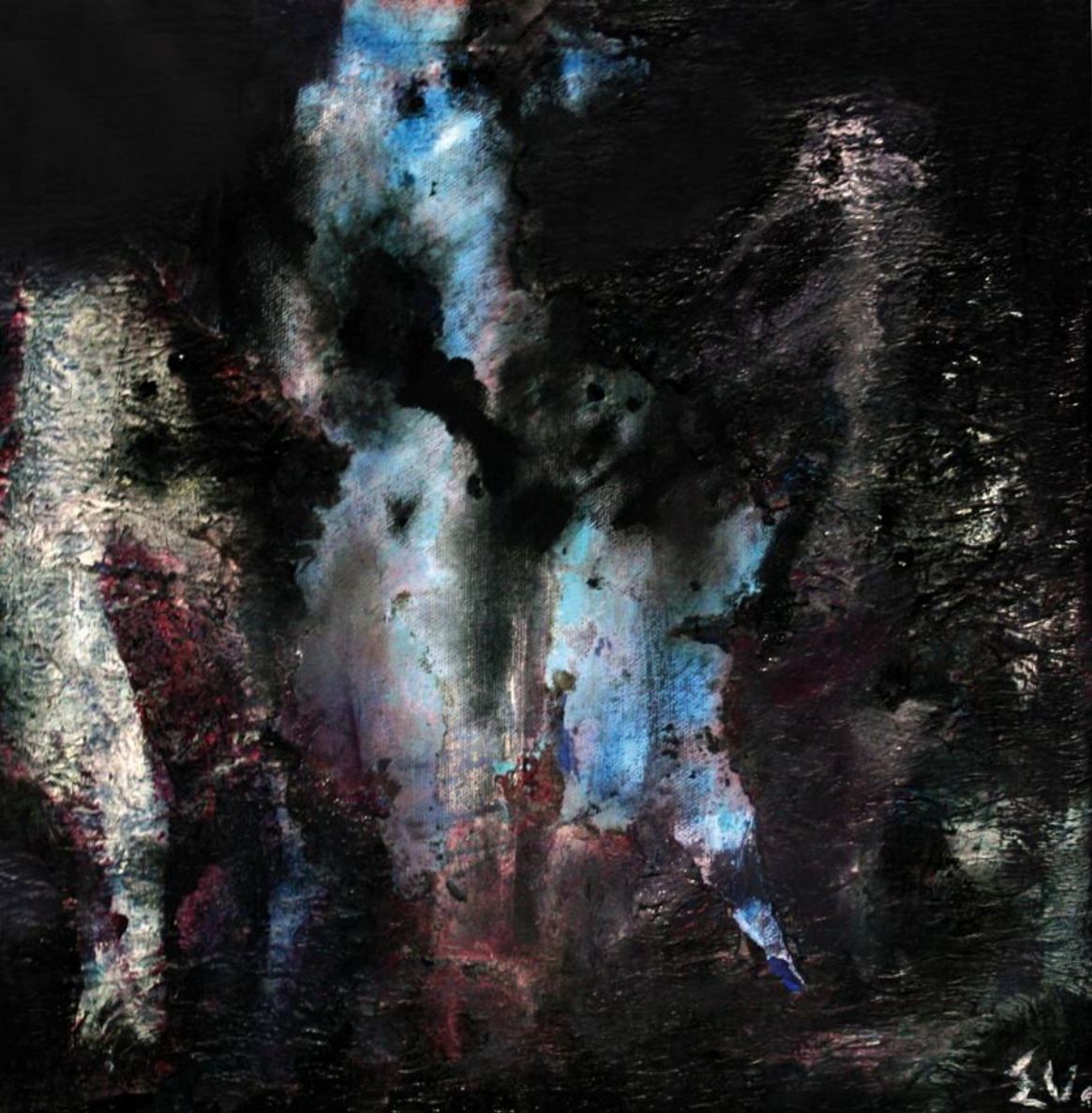
EL RESUCITADO

2021

Técnica mixta sobre lienzo

46 x 38 cm





ESPECTROS

2021

Pigmentos puros sobre lienzo

40 x 30 cm



SOMBRAS

2021

Pigmentos puros sobre lienzo
30 x 30 cm



EL VERDUGO

2021

Pigmentos puros sobre lienzo

40 x 30 cm



EL DESPERTAR

2021

Pigmentos puros sobre lienzo

30 x 30 cm

Carta póstuma de Fanya Barbakow a su hermana Chaya y su hermano Manos. Estas fueron las últimas palabras de Fanya Barbakow antes de ser asesinada en el gueto de Druja en 1942.

Miron Vassiliav, un amigo cristiano de la familia, encontró la carta y la entregó a un sobrino de Fanya, Zusia Berkman, después de la guerra.

Дорогие мои родные !!!

Пишу это письмо перед смертью,
Не знаю точно где, когда я и мои
родные погибнем, только за это
что мне "еврей"

Все наши братья и сестры (еврей)
погибли Хансбургской смертью
от -

Я сама не знаю кто с нашей
самой останется и кто будет
писать письма, прочитать мое
письмо и прочитать гордый
предсмертный привет для всех
моих любимых и дорогих отстрада-
ющих от руки ордена.

Дорогая Надя и дорогой
Моисей, быть может вы
останетесь жить, увидите
богатство и счастье.

Мы все идём к смерти гордо, такая
наша судьба. Но наша извещено
Богиня с силой, мне подтверди.

Больше не могу писать. Все
родные плачут и себя оплакива-
ют. Письмо оставляю у
нашего лучшего друга, который
нам много хорошего делает до сих
пор.

Ваша Фаня и все
любимые. Мы все
любим в водной душе. А больше
как уверена, что вы всё будете
знать. Мама и папа очень плохо
здоровы.

Ведь моя очень трогательная и
даже кончить писать. Я горда тем
что я "еврейка" и погибла за мою
нацию. Я никому не говорю, что
пишу перед нашей окончательной
последней смертью. Ах! Как тяжело
и тяжело и много лучшего в жизни
уже ушло пропало... Прощайте, ваша
родная Фаня от имени всех: папа,
мама, Сима, Зуся, Рая, Хада и
много не помнящих Зейда.

Друж. З. 1942 г.

1942 г.

Saludo de despedida antes de la muerte de Fanya y de todos los miembros de la familia.

¡¡Mis queridos!! Les escribo esta carta antes de mi muerte, pero desconozco el día exacto en el que yo y mis familiares seremos asesinados, solamente porque somos judíos. Todos nuestros hermanos judíos fueron asesinados y murieron una muerte ignominiosa a manos de sus asesinos... No sé quién quedará vivo de nuestra familia, y quién tendrá el honor de leer mi carta y mi orgulloso saludo antes de la muerte de mis seres amados y queridos, torturados por los asesinos.

¡Querida Chayale! ¡Querido Monuska! Es posible que ustedes sobrevivirán. Vivan felizmente y bien. Nosotros marchamos orgullosamente a la muerte, ese es nuestro destino.

Según lo que sabemos, Blima y su familia ya han perecido. No puedo seguir escribiendo. Todos nuestros familiares están llorando y lamentando su destino. Dejo la carta con el mejor de nuestros amigos, que tanto ha hecho por nosotros hasta ahora.

Suya, Fanya y toda la familia

Estamos todos echados en un búnker. Estoy completamente segura de que todos ustedes sabrán el lugar de nuestra sepultura. Madre y padre aguantan a duras penas.

Me tiembla la mano y me cuesta terminar de escribir. Estoy orgullosa de ser judía. Muero en aras de mi pueblo. No le he dicho a nadie que estoy escribiendo una carta antes de morir. ¡Pero!.. Cuánto añoro vivir y alcanzar algo bueno en la vida. Pero todo está ya perdido... Adiós.

Su pariente Fanya en nombre de todos: padre, madre, Sima, Sonia, Zusia, Rasia, Hatza (Yehezkel). Y en nombre de la pequeña Zeldale que todavía no entiende nada.

Druja, en el campo de concentración, antes de ser fusilados, en el escondite.

Martes, 4 de la mañana 16 de junio de 1942

Adiós a todos. Suya, Fanya

Al dorso de la carta Fanya agregó lo siguiente en ídish:

Dios es justo y Su juicio es justo. Todos pecamos. Nuestras escasas posesiones están escondidas en la casa. Pero hemos perdido nuestras vidas. Todo ha terminado. Hermanos de todos los países, vénguenos. Estamos siendo conducidos como rebaño al matadero. Fanya

Archivo de Yad Vashem.

Cartas póstumas del Holocausto: 1941-1942.

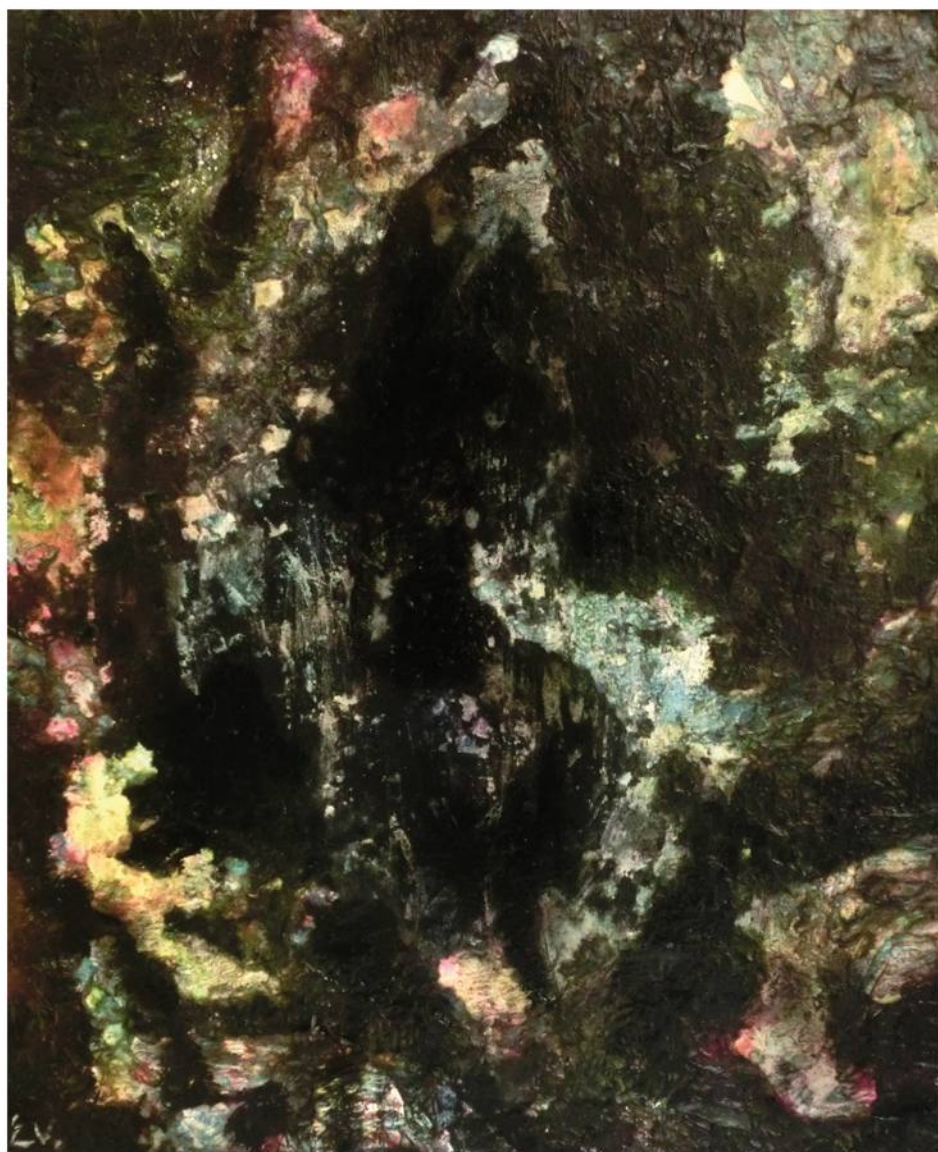
Emilio, conocedor de la naturaleza transformadora de la vida y la muerte, nos revela mediante su pintura el potencial del renacimiento.

Caigo en la cuenta de que en inglés, el fenómeno de la vida y la muerte está representado por dos palabras aparentemente antitéticas de una gran semejanza silábica: útero (womb) y tumba (tomb). En este parecido fónico se resume la energía primitiva que concibió los abismos insondables y la superficie material, lo visible y lo invisible, los ínfimos y los altos cielos, el nacimiento y la muerte. Útero: el feto, la semilla, surge de la nada. Tumba: el cuerpo muere y regresa a la nada. La existencia es una paz transitoria que origina el abrazo conflictivo entre la vida y la muerte. Génesis y fin, intensidad erótica y fuerza tanática. El cuerpo que crece y se desarrolla contiene las semillas de su propia destrucción. El vigor del crecimiento es el mismo que provoca la desintegración de los átomos y su incorporación a nuevas formas de existencia, de ahí que el ciclo vital sea en realidad un acto crepuscular; la transición entre noche y día, el misterio poderoso que une y separa a un tiempo lo finito y lo infinito

José Luis Zerón Huguet



LOS NIÑOS DE BIRKENAU
2021
Técnica mixta sobre lienzo
40 x 30 cm



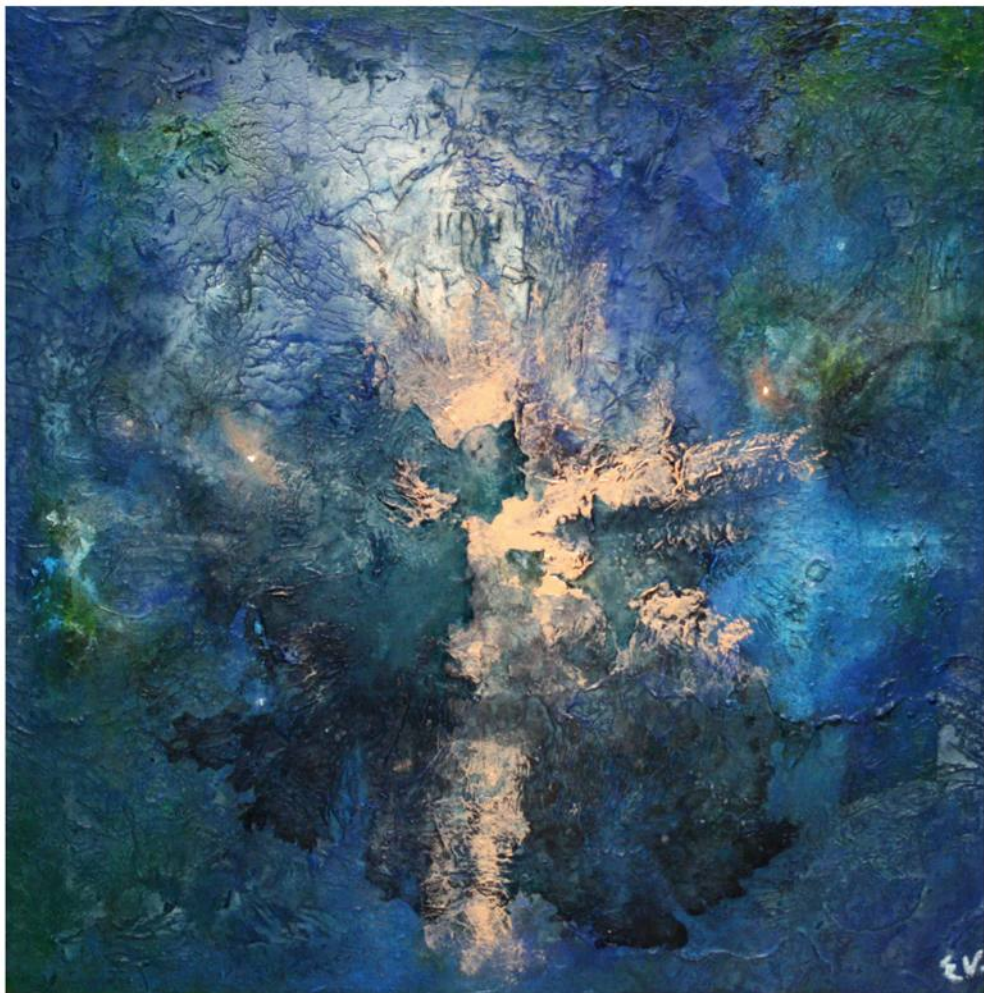
CHAMÁN DEL AGUA
2020
Técnica mixta sobre lienzo
46 x 38 cm

EL ENIGMA DE LAS SOMBRAS
2021
Técnica mixta sobre lienzo
100 x 100 cm





EL AQUELARRE VERDE
2021
Técnica mixta sobre lienzo
50 x 40 cm



EXTERNARIA AFRICANA
2021
Técnica mixta sobre lienzo
60 x 60 cm





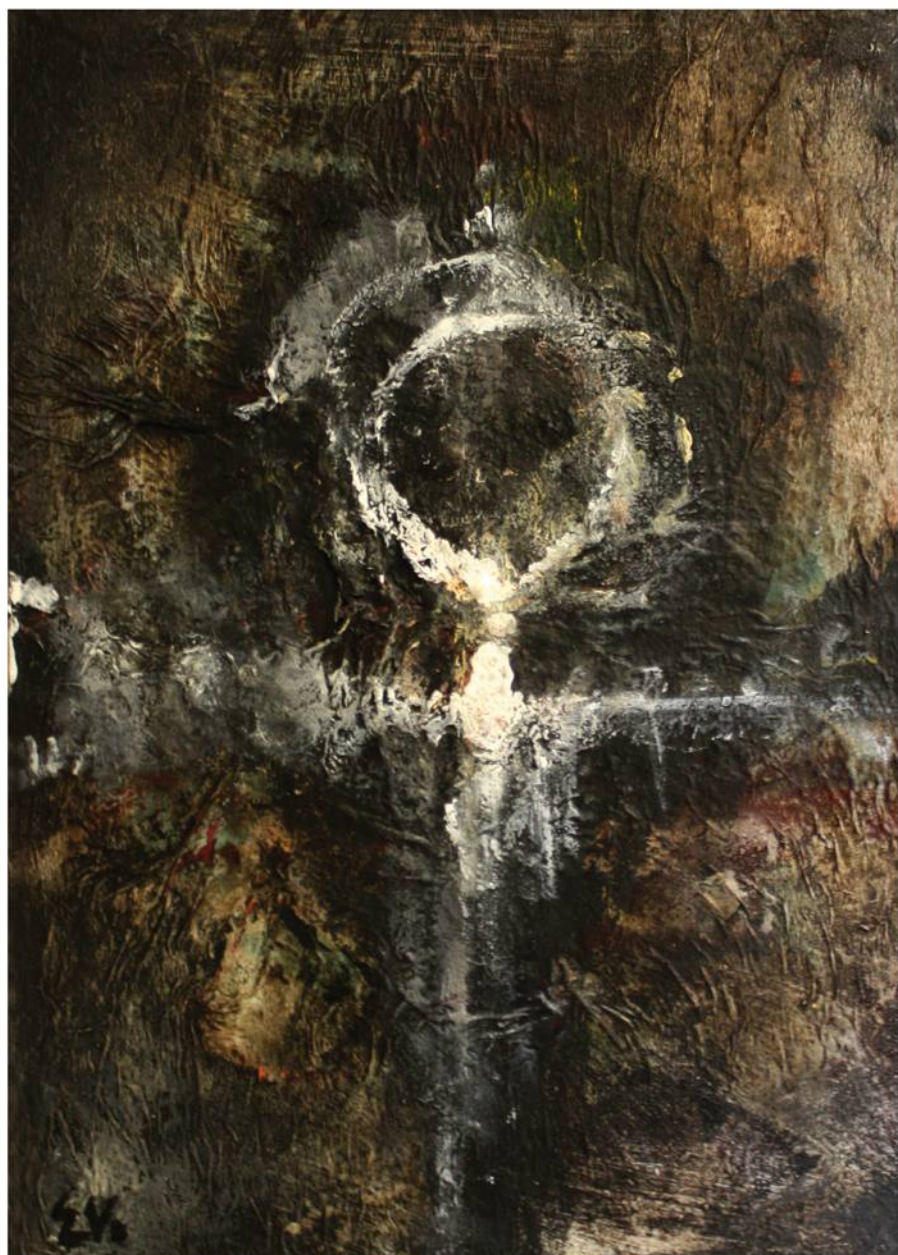
EL BRUJO AFRICANO
2021
Técnica mixta sobre lienzo
60 x 50 cm

EMANACIÓN EXTERNARIA
2021
Técnica mixta sobre lienzo
44 x 38 cm



EL NIÑO EXTERNARIO
2021
Técnica mixta sobre lienzo
30 x 25 cm

EL ORANTE
2021
Técnica mixta sobre lienzo
40 x 30 cm



EXPOSICIÓN DIÁLOGOS

Villar del Arzobispo. Valencia. 2017

Lorenzo Belenguer- Emilio Vieites

Antigua corrala para ganado.

Se convirtió en ruina después de
un incendio.

Inicio del período Chamanes y su
posterior evolución a la colección
externarios. Se expusieron obras de
gran formato y esculturas entre los
escombros y los ventanales quebrados.





LA DANZA DE LOS EXTERNARIOS

2021

Técnica mixta sobre lienzo

52 x 45 cm



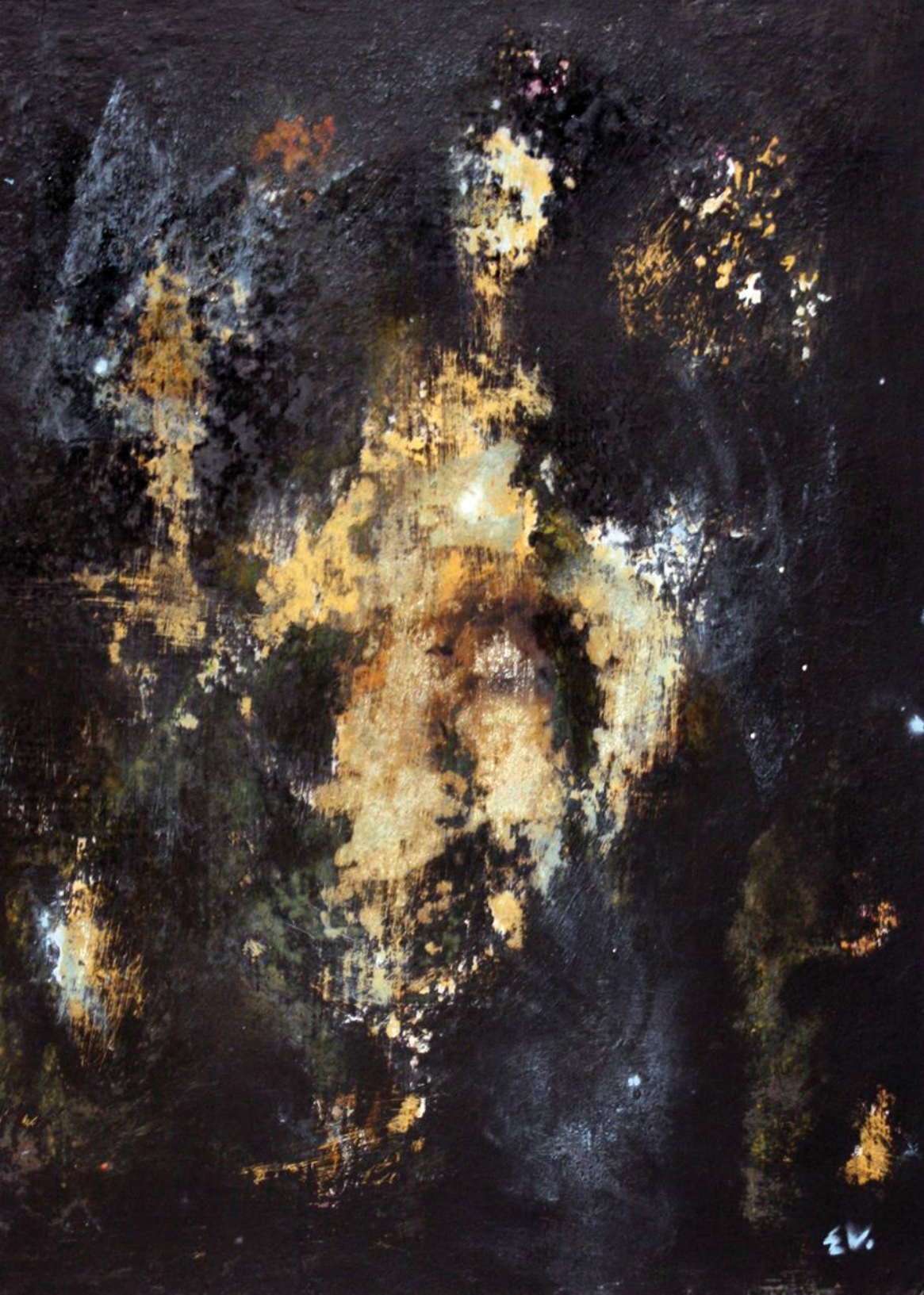
DIOS CHAMÁN

2020

Técnica mixta sobre lienzo

100 x 100 cm

61



"Mil violines caben en la palma de mi mano".
Un verso que yo siempre sospeché que le guiñaba
un ojo a la que sin duda fue la disquisición más
involuntariamente divertida de todos los debates
bizantinos en los que andaban enzarzados los
monjes de Constantinopla a mediados del siglo XV:
"¿Cuántos ángeles caben en la punta de un alfiler?"
Y ahora llegas tú y... ¡se diría que has dado con la
respuesta a unos y a otro!

Alberto Chessa

EL CORAZÓN DEL ÁNGEL

2021

Acrílico sobre tablet

45 x 38 cm



EN LA OSCURIDAD

2021

Técnica mixta sobre lienzo

30 x 30 cm



LA PROFECÍA
2021
Técnica mixta sobre lienzo
30 x 30 cm



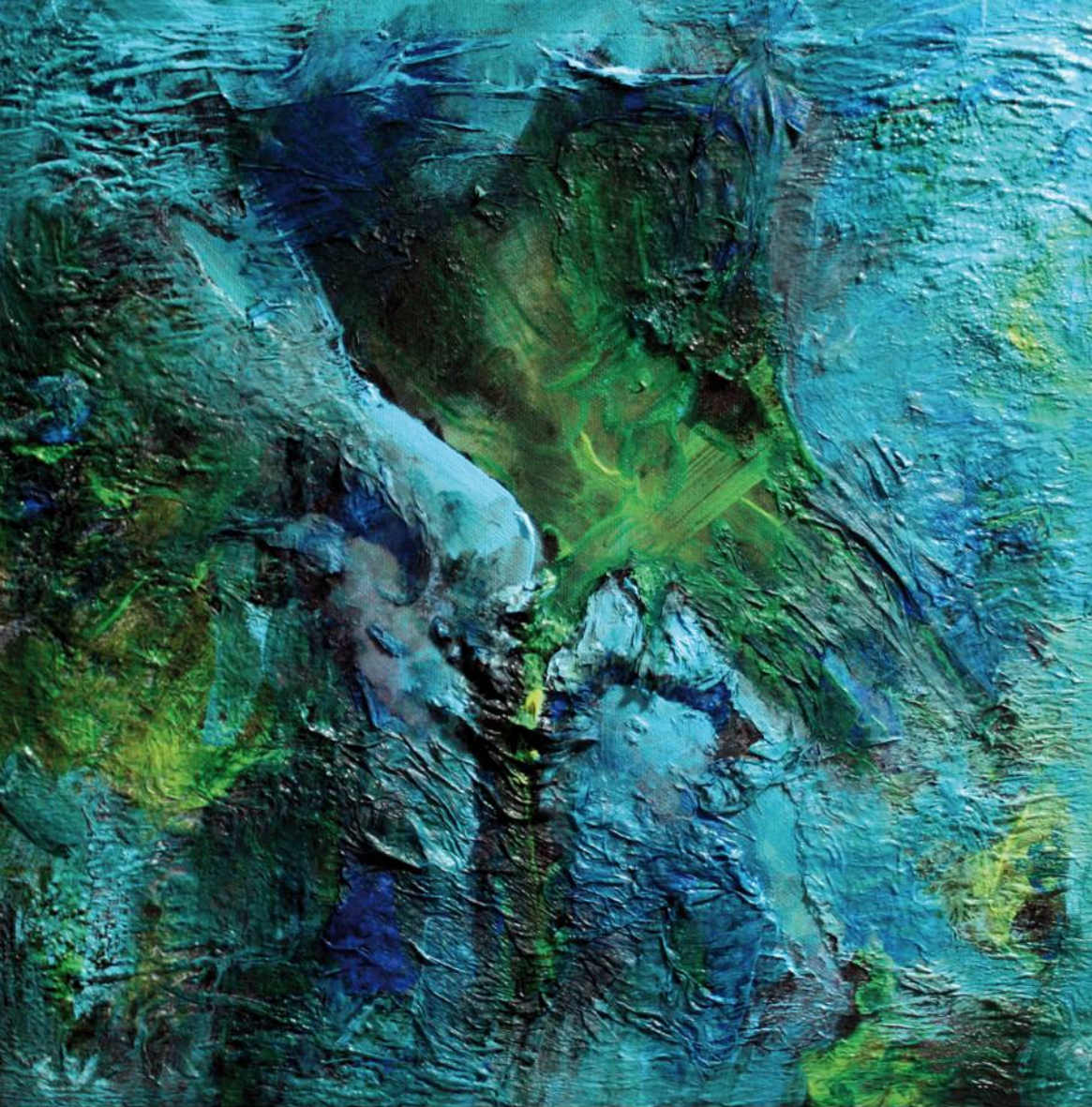
EL AQUELARRE
2020
Técnica mixta sobre lienzo
40 X 40 cm



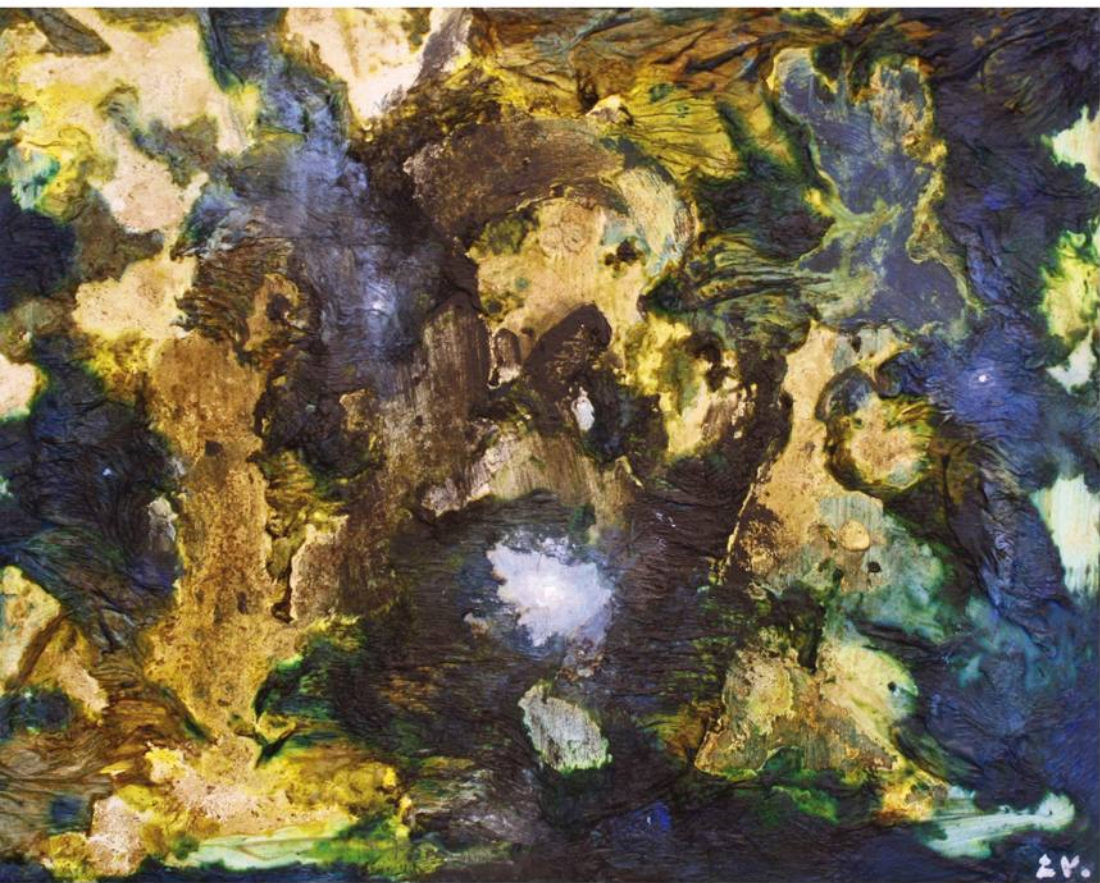
EL AQUELARRE II
2020
Técnica mixta sobre lienzo
40 x 40 cm



NIDO EXTERNARIO
2021
Técnica mixta sobre lienzo
40 x 40 cm



EL EMPERADOR
2021
Técnica mixta sobre lienzo
40 x 40 cm



EMANACIÓN EXTERNARIA
2021
Técnica mixta sobre lienzo
40 x 60 cm



SINFONÍA DE HUELLAS

2021

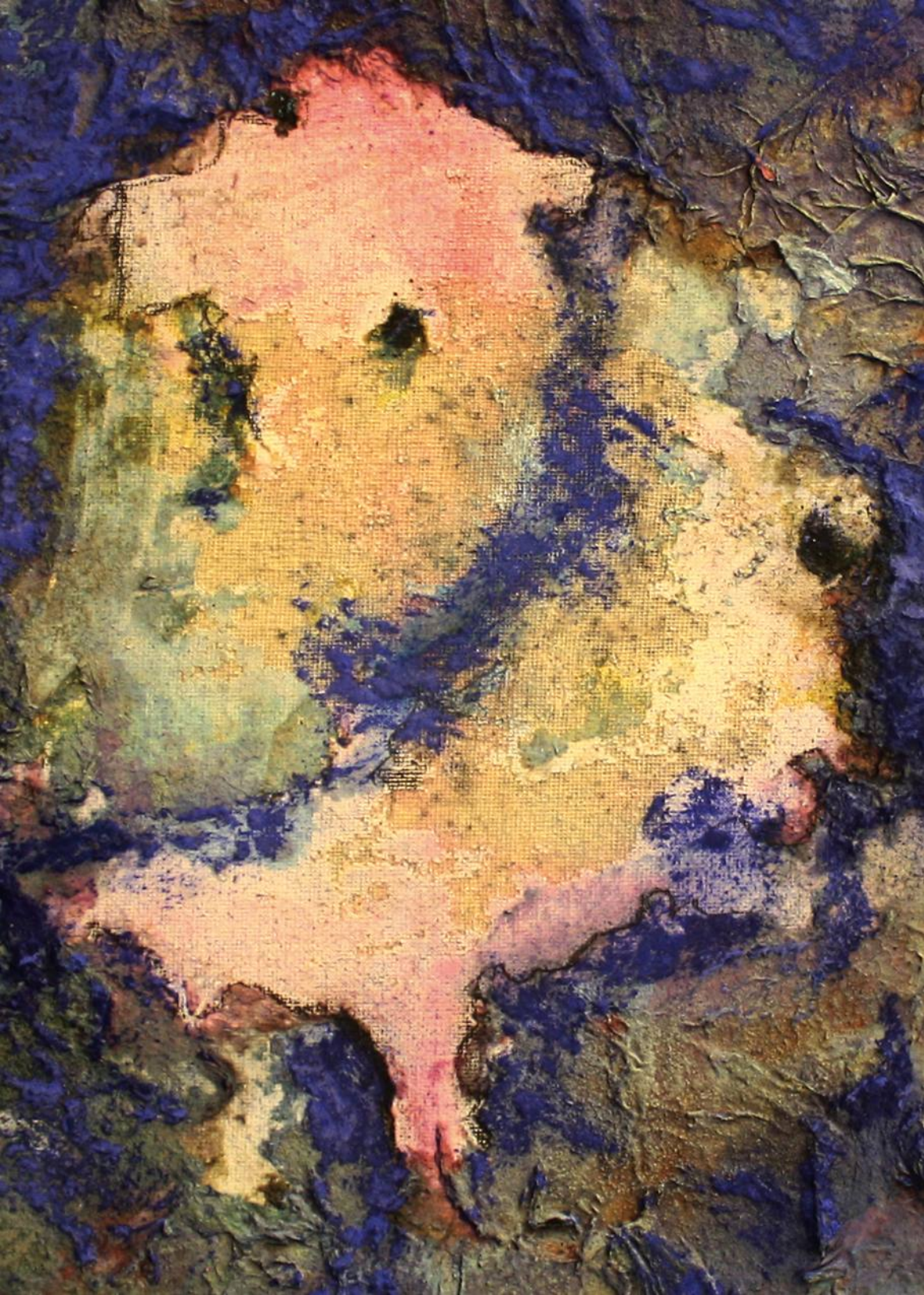
Técnica mixta sobre lienzo

50 x 50 cm



EL CAZADOR EXTERNARIO
2021
Técnica mixta sobre lienzo
30 x 20 cm

EL DUENDE
2021
Técnica mixta sobre lienzo
30 x 20 cm







LUCIFER
2021
Escultura en madera
18 cm

SOMBRAS
2021
Técnica mixta sobre lienzo
40 x 40 cm

Entre el ayer y el mañana sopla el viento de haber sido.
Y es un viento que deja huellas.

(Para La Danza de los externarios,
de Emilio Vieites Aguiar -EVA-).

Alberto Chessa

Huellas del tiempo
2021
Técnica mixta sobre lienzo
46 x 38 cm



“No puede haber estética sin el hombre como ser social, y el hombre, naturalmente el artista en este caso, si es realista, lo es porque trabaja desde adentro, sin que le sea posible eludir y perder de vista el contorno que le rodea y condiciona.

Hay pintores que comunican, testimonian, denuncian, porque trabajan desde la médula misma del cuerpo que le ha tocado vivir. Ellos son los verdaderos pintores de la realidad, la realidad de ser en un determinado espacio y tiempo”.¹

Manolo Millares

NOTAS AL TEXTO: 1. Texto de Manuel Millares recogido en la conferencia de Alfonso de la Torre en la Fundación Cristino de Vera. San Cristóbal de La Laguna. 2014.

Fuente internet: Fundación CajaCanarias.

«Y si su música a soñar ayuda
¿a qué buscarle letra y argumento?
Como las pobres letras muda el viento,
pero no el canto cuando el viento muda...»
Miguel de Unamuno

LA “ABSTRACCIÓN SOCIAL” DE EMILIO VIEITES 1

Acomodémonos en una cómoda butaca o en un mullido sillón, limpiemos nuestros ojos y liberemos nuestra mente de prejuicios. La aventura se aproxima. Un territorio artístico nuevo se nos enfrenta a los ojos. El arte no figurativo, es nuestro destino. Un destino arriesgado y peligroso. Todo arte que renuncia a la figuración es peligroso, el público puede quedar abrumado por él y tildarlo de inhóspito, desagradable, árido, complicado, monstruoso... o acudir a los arcanos habituales, tan socorridos, de “yo no entiendo el arte contemporáneo” o “a mí no me interesa el arte contemporáneo” El arte abstracto, o más ampliamente el arte no figurativo, siempre ha supuesto un riesgo para el artista. Tradicionalmente en España, el arte abstracto ha sido visto por el pueblo como un problema. No podemos olvidar que en el año 1953 se celebró en la Universidad Internacional de Santander un curso dedicado al arte abstracto, y en 1956 las Ediciones de Cultura Hispánica recogieron en un volumen titulado con el proverbial título de “El arte abstracto y sus problemas” las aportaciones de importantes críticos, historiadores de arte y artistas, entre los que figuraron entre otros Jorge de Oteiza, José Luis Fernández del Amo, José Camón Aznar, Juan Antonio Gaya Nuño, ... Firmas de hombres de sólidos conocimientos y reconocido interés. El arte abstracto no fue considerado un asunto trivial. El arte abstracto no es un asunto trivial de ninguna manera. En un rato continuaremos a vueltas con “El arte abstracto y sus problemas”, pero todo a su debido tiempo.

El arte abstracto, saltó a la palestra en España, fundamentalmente a través de la labor de la Escuela de Altamira, proyecto pionero para recuperar la vanguardia artística después de la Guerra Civil, fundado en Santillana del Mar en 1948 por el pintor alemán Mathias Goeritz, el escultor Ángel Ferrant, el escritor Ricardo Gullón y por el intelectual y activista Pablo Beltrán de Heredia, con el objetivo de coordinar los esfuerzos de los artistas españoles a favor del desarrollo de la modernidad en el arte, especialmente en el arte abstracto, que intentó promocionar. El grupo tomo su nombre en honor de la cueva de Altamira, que alberga importantes pinturas prehistóricas del periodo magdalenense. En 1949 y 1950 celebró sendas ediciones de la Semana Internacional del Arte Contemporáneo. A principios de la década de 1950 el grupo se disolvió por problemas de financiación, así como por problemas con las autoridades franquistas, que aún no apostaban por el arte abstracto, como lo harán unos años después cuando deseen vender la imagen de país avanzado artístico y culturalmente.

Retornemos al volumen “El arte y sus problemas abstractos”, concretamente vamos a tener en cuenta el texto “Aspectos sociales del arte abstracto” escrito por Alexandre Cirici Pellicer y que va a reflexionar sobre la misión social del arte abstracto y sobre el que vamos a explicar la obra del pintor Emilio Vieites.

De acuerdo al texto del critico catalán el arte ha de seguir cinco puntos para su lograr el máximo de efectividad por parte del productor. Seguidamente vamos a reflexionar sobre ellos en relación a las pinturas de nuestro artista.

1. Que el productor renuncie a introducir un elemento externo como es el orgullo personal del artista.
2. Que el productor busque valores reales de la materia.

3. Que se sirva de técnicas limpias, en las que el trabajo no se esconda ni mixtifique, sin intentar que algo parezca mejor de lo que en realidad es.

4. Que comprenda que lo más vivo del arte es lo más vinculado a la vida del hombre –los objetos de uso, de la ciudad a la cuchara, y que debe ser siempre un artesano-.

5. Que el productor no quiera hacer servir sus nuevas concreciones, nacidas de la abstracción, para crear con ellas un arte de imitación.

Si el productor, el artista respeta sigue estos puntos, su arte «servirá para la educación del pueblo entero, de los niños, de las mujeres, de los hombres, en el proceso de comprender cómo la bondad, la belleza y la verdad, no son ideales lejanos a los que el arte hace referencia, sino que gracias a los instrumentos plásticos se convierten en presencias físicas espirituales capaces – si son humildes- de ayudarles a formar la conciencia de sí mismos y, en consecuencia ayudarles a vivir de un modo más justo, más bello y más real», recoge Cirici. Y como vamos a ver la creación del artista que nos ocupa tiene una finalidad educativa y no sólo estética, es una “abstracción social”.

Emilio Vieites, de una forma intuitiva o razonada, sigue estos mandamientos en su producción. Seguidamente vamos a viajar en torno a ellos para reconocer su seguimiento, punto por punto.

1. Que el productor renuncie a introducir un elemento externo como es el orgullo personal del artista.

La pintura de Vieites es humilde, si por algo destaca este artista es por no haber sucumbido a los intereses del mercado. Manteniéndose independiente y puro respeto a los asuntos banales y mercantiles del mundo del arte.

2. Que el productor busque valores reales de la materia.

La pintura de Vieites está plena de referencias táctiles y visuales. Es una pintura que necesita de contemplación atenta y reflexión, pero no porque los materiales traicionen la pura materia pictórica.

3. Que se sirva de técnicas limpias, en las que el trabajo no se esconda ni mixtifiqué, sin intentar que algo parezca mejor de lo que en realidad es.

No intenta el pintor efectismo inútiles y falsas apariencias. Sus cuadros son cuadros, su pintura es pintura. Una pintura no puede ser un parque que de atracciones, ni un juego de ilusiones.

4. Que comprenda que lo más vivo del arte es lo más vinculado a la vida del hombre –los objetos de uso, de la cindad a la cuchara, y que debe ser siempre un artesano-.

Las pinturas de Vieites son esenciales, en el sentido de que enraízan con lo telúrico, con la mística ancestral humana, con el chamanismo, la magia, las prácticas animistas, ... sus obras son esencialmente humanas, se preocupan no del hombre sino de la humanidad misma.

5. Que el productor no quiera hacer servir sus nuevas concreciones, nacidas de la abstracción, para crear con ellas un arte de imitación. Vieites rechaza, niega, elimina, totalmente la figuración de sus cuadros. La figuración es anecdótica y personalista, no es objetiva, ... no es real, tan sólo imita miméticamente la realidad.

El arte para ser universal ha de ser esencial, objetivo, místico, ... ha de partir del sustrato humano ancestral. Por ello está tan presente en sus lienzos el tema mágico y chamánico porque enlazan al hombre con sus ancestros primitivos que creían en el poder místico, mágico y trascendental del arte.

Emilio Vieites nos hace emerger, tras sumergirnos, en su universo artístico, renovados, purificados, hermanados con nuestros antepasados que habitaron la Tierra en los albores de los tiempos. Nos sumerge en el inicio, en el principio, nos libera, nos convierte en seres renacidos y conscientes.

Daniel Genaro Pérez Tárraga
Murcia, septiembre de 2021

¹Nota del autor:

Todos los fragmentos en cursiva de Alexandre Cirici Pellicer proceden del texto “Aspectos sociales del arte abstracto” recogido en “ El arte abstracto y sus problemas”, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1956.

Daniel Genaro Pérez Tárraga es miembro de la Asociación Profesional de Historiadores del Arte APROHA.
Ha trabajado para fundaciones de Arte y coleccionistas como asesor, documentalista e investigador.



Congresistas dentro de las Cuevas de Altamira.
Segunda Semana Internacional de Arte Contemporáneo, 1950.

EXTERNARIOS
CONTEMPORÁNEOS

*“Allí donde la luz no alumbra,
tal vez alumbre la sombra”
Roberto Juarroz*

Las sombras más profundas no conocen el miedo, se obstinan en latir con el palpito de la incertidumbre, precipitándose mudas y famélicas en el umbral de una puerta que deja la verdad conectada a una máquina.

En la quinta planta del quinto edificio de un hospital descubrí el dolor y el coraje de una mujer demasiado joven para llamarse Génesis. Yo la conocí con un pincel en la mano, en esos talleres de Arte que uno intenta compartir con una idea distinta, aunque tengas que arrastrar, como hacía mi amiga Rosa, con todo el carrito de supervivencia.

El dolor es más odioso cuando se derrumba por dentro, con esa maleficencia que tienen las células que no dejan de replicarse impunemente, obstinadas en desvelar nuestra identidad con un número o una cifra que podamos comprender, sin dejar de leer entre labios las palabras de los otros, o de un médico avezado con el pábilo de nuestra existencia flameando entre sus dedos.

Alberto Chessa lo expresó mejor en su “Anatomía de una sombra”: “Tu vida, has de saberlo, no es la única en vilo. Siempre se vive en otros cuando la luz declina, como la vela alberga el pábilo en su centro”.

Allí no estaban todos los pacientes retratados, pero la sala de familiares tenía que ser lo suficientemente grande como para asentar un cuadro de dos metros en el centro. Aquel lienzo inconcluso tenía la palabra voluntad pronunciada con la misma solemnidad con la que uno deja de ser en primera persona.

A veces surge con la complicidad de un grupo tribal la emoción primera de un espacio caótico donde jugamos a desvelarnos con esa confluencia que tienen las manos manchadas de pintura de guerra.

Es difícil no recordarse alzando el lienzo con toda la materia

impregnada de azul. Un trono de semana santa erguido en el pasillo de la quinta planta de oncohematología del hospital Santa Lucía de Cartagena. Allí estábamos todos sonriendo otra vez, voluntarios de la Fundación FADE, enfermeras, médicos, y un sacerdote que no dudó en bendecir la obra, cuyo nombre: Génesis, tenía todo lo necesario para reflejar la claridad de un mar donde no todos se ahogan.

La adversidad alza las manos abiertas como orantes, masticando un trozo de pan enmohecido como si fuese delicioso. Danzamos entre tinieblas con la trémula luz que nos conforta, quizás un abrazo solemne o una palabra amable que deje nuestros huesos complacidos. Así has de recordarme, golpeado con la lluvia que deja la palabra sin aliento y sin dolor.

Nada es para siempre, ni siquiera cuando dejamos de creer. Aquellas tres tardes de verano supimos la respuesta sin tener que preguntar siquiera al dios de los desvanecidos. No había despedida que sonase a cierta. Las palabras que abandonan los viajeros en el andén no tienen que ser solemnes, hay en todo esto una ley antigua que deja a los ajusticiados con la palabra en la boca. Solo nos queda esperar que todo aquello fuese cierto, tan cierto como la última voluntad de Rosa por arrastrar el pincel con un verde fulgurante en su trozo de lienzo, minúsculo y maravilloso.

Emilio Vieites Aguiar
20 de agosto de 2021

HOSPITAL SANTA LUCÍA. CARTAGENA
FUNDACIÓN FADE-VOLUNTARIOS
Planta de onco-hematología.
Programa SECUNDA smile.



EL COLOR DE LA VIDA. PROYECTO HOMBRE

Alice Gould se internó por voluntad propia en una institución mental para descubrir a un asesino. Aquellos “renglones torcidos de Dios” dejaron a la protagonista repleta de dudas, demasiadas preguntas para una verdad que nadie espera. Todos lo suponen, pero no hay medida de las cosas cuando te suceden a ti mismo.

Los mendigos somos todos los que podemos pervertirnos, todos los que han amado lo suficiente como para perderse en una película que no tiene marcha atrás. Si tuviera que suponer que aquella experiencia de un grupo de personas, confinadas y en proceso de recuperación tendría un final feliz, sería dejar la realidad tambaleándose en mi propia ignorancia, con esa sórdida y muda estupidez que es suponerlo todo.

Entre el caos absoluto y la belleza absorta se dejan tintes evanescentes donde todo surge con un gesto, con una mirada amable que asume el presente sin derramar nada, si acaso un trazo amable que sustente en el aire la palabra necesidad, huérfana de padre y madre.

Dueños de sí mismos, se postraron todas las manchas reflejadas a su imagen y semejanza. Surgía de las sombras como una inmensa “supernova”, así lo llamaron todos cuando decidimos subirnos a una escalera de cuatro peldaños, con esa perspectiva que da la distancia. Lo hicieron suyo con todas sus formas, con cada una de sus estridencias, defectos y virtudes. Desde el alzamiento hasta su enclave definitivo, el cuadro profundamente azul se alzó en el umbral del centro de recuperación de Proyecto Hombre, donde todo surgió en primera línea, con esa sensación que dan las cosas ciertas que solo pueden dejar palabras de agradecimiento a todos los que están aferrados a la vida.



GÉNESIS DE LOS EXTERNARIOS. LUCES Y SOMBRAS

Los paraísos no tienen por qué estar perdidos, ni siquiera para los naufragos que no esperan nada de nadie, quizás un trozo de tierra o el consuelo de una palabra amable que los haga sentir mejores. En el verano de 2013 se dejó escuchar la copia de una llave que Alfonso Hernández Espín me había dado para comenzar una obra monumental, sin saber siquiera que significaba eso, ni mucho menos cuando aquella intuición podía no resultar cierta y zozobrar sin remedio en mi propia soberbia, esa que los artistas saben manejar como pueden o como les dejan para superarse a sí mismos.

Aquella inmensa nave de 4000 metros cuadrados tenía un puente grúa y un edificio de dos plantas en un lateral. Podía decirse, sin lugar a dudas, que me sentía un poco solo.

No es fácil transitar de una colección de arte a otra, la exposición en el MUBAM estaba latente y la colección “Orígenes” del 11S de Nueva York, concluida en su estética, había dado paso al camino de la abstracción, sin necesidad de mirar atrás. Arrancarse por soleares con un cuadro de 180 x 540 cm, así de primeras, con ese título bautismal de “Human nest”, tenía en su justa medida, un espacio alienado, visceral y sin referencias, donde los colores fosfóreos, imposibles de equilibrar, levitaban en un mar de dudas, donde todo era posible.

Aquella obra tenía un armazón de tres lienzos ensamblados de 180 x 180 cm, montados con la ayuda de mi amigo Antonio Conesa que no dudó en echarse al suelo para ser carpintero, entelador y consejero espiritual. Su padre, Juez y pintor aficionado, tenía la misma sabiduría que su hijo, y aquella primera prueba resultó ser un éxito. El cuadro se extendió sobre un tablero que hacía de mesa, de casi tres metros de ancho por seis de largo, sustentado por nueve caballetes. El tablero de madera prensada llegó en una furgoneta con la

empresa Tableros Moreno de Aljucer, y se dejó aterrizar en una tarde de julio con dos personas, para convertirse, sin quererlo, en una obra abstracta repleta de manchas y material impregnado de arena y papel por toda su superficie. Con el perfil algo curvado y maltrecho, después de 80 obras y cinco años de trabajo, se decidió abandonarlo a su suerte. No por desidia o menosprecio, sino como testimonio de que allí, sobre un cielo de incertidumbre, de caos y silencios se hicieron ciertas las palabras de Raymond Carver: “Así de sencillo, sales y cierras la puerta sin pensarlo. Y cuando te das cuenta de lo que has hecho es demasiado tarde”.

El edificio interior de la nave tenía algunas habitaciones un poco desoladas, dejando un olor algo enmohecido que no te dejaba del todo tranquilo. Cuando decidí aventurarme sigilosamente en el interior del laberinto, con apenas un hilo de luz, las figuras irreconocibles llegaban a mí con formas espectrales. Desvencijadas en sus contornos se dejaban sentir de un modo distinto, más íntimas, menos humanas, pero no por ello desconocidas. Aquellos primeros encuentros nada desmerecían del hombre primitivo, que buscara en el fondo de la sima, los trazos primordiales, las primeras huellas. La simiente natural donde surgieran obras como Adán y Eva, Fisuras, Dreams of Millares, Crisálida, Profanación y Gate of Paradise. Quizás las más destacadas de la colección Mutaciones, y el germen estético que constituiría las colecciones posteriores Chamanes y Externarios. Todas ellas renacidas como un flashback de emociones exhaladas en la soledad de un espacio que sobrevivió a sí mismo, incluyendo un incendio, en el que estuvimos presentes, rodeados de humo espeso, Alfonso Hernández y yo mismo.

Sí, el cuadro “Human nest” resultó ser una obra que nadie esperaba, dejando en el espacio tiempo un salto hacia el futuro, en un *timeline* imposible de entender. En el Ateneo de Madrid se terminó exponiendo junto con otras obras, las

mías y las de algunos artistas a los que invité, con ese soniquete rimbombante que es dar nombre a las exposiciones. “Retorno al Paraíso”. Retorno a un punto indefinido, fue la plegaria de un manifiesto firme con el que Manuel Millares dejara el légamo sucio y ajado, para ser resucitado con “principios renovadores como puños”.

La elección final de la “Sala alta” del Ateneo tenía mucho que ver por ser allí donde se produjo la exposición del artista canario en 1963. Millares había sido más una sugerencia del maestro Enrique Nieto, en una conversación de amigos en su estudio de la calle Jara Carrillo. Su sabiduría dejaba siempre un hilo conductor, un consejo en el aire, sin necesidad de insistir demasiado. Es imposible olvidar como profetizó con meridiana claridad que mi evolución hacia la abstracción pura no solo era necesaria, sino inevitable.

Las referencias de un autor tienen siempre una influencia positiva si se asumen como ciertas, y es difícil entender por mera casualidad, que mis visitas al Tate Modern de Londres o al MoMa de Nueva York no tuviesen una sombra alargada de todas aquellas decisiones.

El encuentro al azar de aquellas personas dejaron con sus acentos, un camino de libertad, con esa maledicencia que es desterrarse a sí mismo para evitar un discurso dogmático, que no deja nacer, ni la duda, ni la certeza.

Los espacios de trabajo, que los ingleses llaman *workshop* no tienen por qué ser beneficiosos para el artista, ni tampoco ser perennes en la evolución de su vida creativa. El territorio más fructífero se aferra insolente a una clave de bóveda que asume la creación de nuevas formas, de nuevos espacios de emoción imprevisibles. Fluyendo con los designios de una sociedad que lo comprime todo, menos la libertad de imaginar un Arte nuevo. No existe mejor lienzo para el artista, ni mejor taller de arte, que aquel que asume la rebeldía y la insumisión, rompiendo las barreras del conformismo en una época de

cambios que afectan por igual a la ética y a la estética del ser humano. La ingratitud es hija de la soberbia, y no hay palabras que recojan el agradecimiento de un artista por su benefactor, ni por asumir con la conciencia limpia, el tiempo prestado en beneficio de una obra que apuesta por la pureza, o al menos lo intenta.

Se dejaron postradas las manchas adheridas como testimonio de una época, en el suelo de asfalto de una nave industrial, que un hombre bueno tuviera a bien prestarme. En un tiempo donde aún se podía dar la mano con firmeza, sin miedo a contagiarse por nada, ni por nadie.



Enrique Nieto, Alfonso Hernández y Emilio Vieites con el cuadro Gate of Paradise.

LAS FRASES ÉPICAS

Los caminos no llevan a ninguna parte, solo nos llevan a nosotros mismos, empecinados por mostrar nuestra audaz persistencia por alcanzar lo que algunos llaman sueños, otros, objetivos, evitando a toda costa esa pavorosa existencia que no deja más que un sofá carcomido, sin la grandeza que es sentarse en un *Verzelloni*.

No puedo olvidar la hazaña que un escalador sin cuerda, o sin cordura, consiguió levantándose a las 5:32 de la mañana para escalar el Capitán en el parque de Yosemite (California).

Subir una roca blanca de granito vertical de 900 metros de altura y llegar a las 9:28 minutos no es un objetivo para un mortal. Está comprobado que Alexander J. Honnold no es de este mundo, pero eso a quién le importa. Lo primero que dijo fue: "Estoy muy excitado por haber cumplido un sueño". Está claro que este chico no es español, porque ahí faltan cosas, quizás un léxico más canalla, menos cristiano, de los que hacen daño a la Real Academia Española.

Neil Alden Armstrong cuando puso un pie en la superficie lunar, el 20 de julio de 1969, pronunció esta célebre frase: «Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad».

Nadie duda de que el señor Alden llevaría tiempo escurriéndose la sesera para dejar un momento tan histórico con las palabras justas. Recientemente se descubrió que la frase de Neil Armstrong al pisar la luna no fue improvisada. Dean Armstrong, el hermano más pequeño de Neil, afirma que estuvieron juntos una noche, poco antes de partir para Florida, jugando al juego de mesa Risk. Dean recuerda que Neil le deslizó un trozo de papel con la frase escrita "Un pequeño paso para un hombre, pero un salto de gigante para la humanidad" y él preguntó a Dean qué pensaba de ella, dijo Riley. Dean contestó: "Fabulosa".

Hay otras maneras de no ser tan magnánimo, y en el mundo terrenal dejamos que el ingenio nos lleve a la tumba con un epitafio maravilloso que nos haga justicia. Los artistas, como todos los seres mágicos de Neverland, tienen la necesidad como salvoconducto y se desviven por ser quienes son, con ese maquiavélico baile donde hay demasiada grandeza, o una sensación mortecina de abatimiento. Al echar la vista atrás descubro con asombro que las cosas más reconocibles que he conseguido en mi vida han sucedido con pocos testigos, sin el streaming eficaz, bien lubricado, que es un video en directo. Con todos los youtubers conectados en sus canales de entrada y salida. Y no dejo de recordar que esos instantes, que te dejan con el pálpito de la vida, no sabría como transcribirlos en un papel. Ser testigo es también una obligación, sobre todo si la memoria lleva consigo una responsabilidad, a veces con las víctimas, y otras con los ignorantes.

Son estos momentos en los que hay que saber recapitular y dejar constancia de las pocas certezas que uno atisba para rescatarse de tanto barrizal vivido. Yo sé que los externarios, los chamanes, los mutantes, los rojos sobre humanos, no son más que monigotes de feria, encogidos entre los dedos de mis manos para recordarme que he sido feliz, en unos breves, pero intensos momentos de mi vida. Sí, he sido amado y he amado profundamente. He sabido lo que es el dolor, la pérdida, la frustración, el éxito, la alegría, el fracaso y la soledad más profunda. Y sobre todo he mentido, porque con total injusticia para el resto de verdaderos artistas, a los que pido perdón, me he hecho pasar por uno de ellos, aprendiendo los gestos, las maneras y las frases grandilocuentes para hacer de los lienzos la cortina de un telón donde no hay más certeza que mi ignorancia. No sabría en verdad nombrar ni uno solo de los pigmentos que utilizo, ni podría mantener una conversación de Arte con palabras de arte. Toda mi obra debería ser pasto de las llamas, a excepción de dos o tres obras que quizás podrían salvarse de la fogata, y a ellas me abrazo con el

estrépito que da la desesperación, porque son de una u otra manera lo mejor de mí. Prefiero no nombrarlas, ya sea por vanidad, o por preservar su identidad. Una de ellas está en este libro, pertenece a la colección de los externarios y se hizo con ese despertar que da la conjunción de ideas, de formas y de materia que te obligan a levantar el pincel a tiempo.

La decisión de pintar tiene en su justa medida una verdad que la alimenta, y deja el propósito de mi trabajo en el purgatorio. Hay en la pintura que muestro, antes, y en este libro, numerosos momentos de desvanecimiento, donde la voluntad experimenta una alienación de tu identidad, para ser de alguna extraña forma lo que llaman médium, o simplemente conducto de otras realidades. Quizás menos tangibles, menos afables, pero con toda seguridad, ciertas, en la necesidad de existir. Sin preguntar siquiera por su valor real, ni dudar de su inexistencia o ser fruto de una realidad inconsciente, configuran un universo estético que arrastra un mensaje necesario, apostando firmemente por recuperar el valor de las cosas sencillas que no tienen medida ni precio. Abordando en un tiempo de deshumanización y pérdida de identidad del ser humano la capacidad de reaccionar con los instrumentos con los que uno se expresa.

Aunque me haya reconocido incapaz en la pericia de ser artista, valga este libro de Arte que dejo en sus manos para mostrar unas obras que forman parte de esa locura que es subir al *Capitán* sin cuerdas, o dejar ingravido y sin tapujos, la huella de un planeta que tiene su propio paisaje. Allí donde los externarios danzan en la penumbra, mostrando un último gesto de esperanza, que nadie tiene por qué ver, más que con el corazón de un niño.

Emilio Vieites Aguiar
31 de agosto de 2021

Antes de la peluca y la casaca fueron los ríos,
ríos arteriales: fueron las cordilleras, en cuya
onda raída el cóndor o la nieve parecían
inmóviles: fue la humedad y la espesura, el
trueno sin nombre todavía, las pampas
planetarias.

Pablo Neruda

LA DANZA DE LOS EXTERNARIOS

Emilio Vieites

EDICIÓN

A. C. B. B

TEXTOS

José Luis Zerón

Daniel Genaro

Alberto Chessa

Patricia Navarro

Emilio Vieites

FOTOGRAFÍAS

Emilio Vieites

DISEÑO

Emilio Vieites

IMPRESIÓN

Lozano Impresores, S.L

DEPÓSITO LEGAL

MU 1021-2021

COPYRIGHT

de los textos y fotografías. Sus Autores



Emilio Vieites Aguiar
en la entrada del estudio
de Torrepacheco. Murcia
12 Octubre de 2015



-Breve definición de quien es Emilio Vieites

Hay una vida dedicada a resucitarme a mi mismo a través del arte, no por complacencia estética, que me interesa poco, más bien existe una búsqueda permanente entre la ética y la estética que define toda mi trayectoria. Un artista que llaman ahora comprometido. Pero más allá de las etiquetas y la necesidad de mostrar una idea que me defina, yo comencé mi trabajo en arte mostrando la voz de los olvidados, de aquellos seres inocentes sin patria, inefables para los poetas, niños soldado que el fotógrafo Gervasio Sánchez supo captar con una sonrisa en un campo de batalla.

Ha sido tan silenciosa mi vida que apenas he tenido tiempo de mostrar mi obra abstracta, sobre todo la de los últimos años, aquella que sintetice en el libro "Chamanes" publicado en octubre de 2020 como un homenaje a las cosas sencillas, y aquellas personas valiosas que permanece en la penumbra.

Mis proyectos sociales relacionados con el arte les tengo el suficiente respeto para quedarme solo con el recuerdo de aquellos seres que me demostraron que los verdaderos artistas nunca saben que lo son. No me interesa demasiado el mundo actual del arte, me quedo solo con la faceta de investigación y la necesidad de compartir mi conocimiento del arte abstracto con colectivos, asociaciones o instituciones a los que pueda ser de alguna utilidad.

-¿Como se forjó tu vocación de pintor?

Se podría malinterpretar que yo sea pintor, ni siquiera artista, más bien encontré una manera de expresarme, con la misma prontitud con la que los niños juegan con las sensaciones o la plasticidad de los objetos. Recuerdo desde muy pequeño visitar el Museo del Prado, y otros museos de arte moderno a los que sentía gran fascinación. Pero créame si la digo que mezclo los colores por pura intuición y desconozco el nombre de los pigmentos Sin embargo comencé haciendo retratos

directamente y en muy poco tiempo ya estaba exponiendo en Estados Unidos, donde mostré una colección del 11S en Nueva York que luego se expusiera en España en el MUBAM. Fue ahí donde la vocación o la invocación de mi pintura comenzaría realmente. Hay pocas cosas que impacten más que estar en la zona cero, y yo estuve allí a las dos de la mañana con todas las sirenas.

-¿Por qué elegiste como tema de creatividad el arte abstracto?

Como decía mi buen amigo Marius Domingo, crítico y periodista internacional de arte, en palabras de DoreAsthon, la abstracción es una lingua franca reservada para los que están dispuestos a explorar la propia naturaleza de la percepción, sin barreras y con la libertad que confiere la capacidad de sorpresa.

Yo llegué a la abstracción a través de un continuo aprendizaje de la figuración, de manera natural se produjo la transición hacia una pintura asbtracta esencial, depurada y desprovista de toda carga narrativa. Vaciando la inocua retórica que podía desvirtuar lo que realmente buscaba.

Esa esencialidad, ese simbolismo ya lo encontramos en los primitivos. La sociedad moderna ha ido tecnificándose y alejándose de la vida, convirtiéndose en un mero artificio. Mi pintura abstracta en la actualidad se ha sumergido en lo ancestral, en lo atávico, lo permanente, la esencia. Mi arte es de alguna manera un intento de humanización de la sociedad y del hombre.

-¿Cómo se te ocurrió la idea de fomentar la pintura en personas enganchas en la droga?

En realidad intento fomentar el arte creativo en una diversidad de colectivos a los que puedan darse las circunstancias para realizar este tipo de talleres, que requieren un grado de especialización y de necesidades para que puedan dar sus frutos. La experiencia con la asociación

Proyecto Hombre fue realmente intensa y más bien fruto del azar. Los usuarios de estos colectivos con drogodependencias tienen una energía enorme y una necesidad imperiosa de canalizar emociones. Pero a mí no me interesa solo el hecho de que la externalicen en estos talleres, sino que lo hagan de una manera productiva, siendo ellos conscientes de lo que están haciendo en todo momento. Desde luego los talleres comienzan mostrándoles, no sólo las técnicas de creación, sino la naturaleza, el trasfondo, incluso histórico que hay detrás de todo ese tipo de pintura.

Los usuarios de mis talleres desde luego no tienen un perfil común, cuando trabajas con personas, no me interesa saber por qué están ahí si no es necesario, las circunstancias cambian en la vida y los retos son para todos. Precisamente por eso es fascinante encontrarte, como lo he hecho yo, con niños, incapaces de hablar y en una silla de ruedas, realizar obras abstractas de una intensidad y una calidad artística fuera de lo común.

-¿Qué novedad educativa aporta tus talleres?

Estos talleres comprometen al usuario de tal manera que se responsabiliza de su propia obra. No existe un espacio para el entretenimiento, entendido como un pasatiempo fugaz. Hay un grado de intensidad necesario y progresivo para implicarlos a nivel emocional en todos los pasos. No solo ven crecer sus obras, sino que son conscientes, con una cierta distancia de sí mismos de lo que son capaces de crear. No como un juego plástico, caótico o deslumbrante, donde se juega con el material, sino con un compromiso real y compartido con los demás participantes, que se expresan en muchas ocasiones como una sola voz. Esto sucede en todos los casos. Se produce un compromiso de grupo, no existen las individualidades como competencia, el éxito de sus trabajos es de todos. Esto llega a un nivel de sintonía tal, que entre ellos mismos se riñen cariñosamente cuando se desequilibra el cuadro, y yo prácticamente dejo de existir en ese grupo.

Es fundamental que antes de comenzar tengan un conocimiento de algunos artistas y de sus obras claves, no dudo en mostrarles creaciones de Anselm Kieffr o Gerhard Richter. Sobre todo porque cuando los participanete empiezan a crear sus primeros cuadros se ven reflejados en muchos sentidos como verdaderos artistas, con todo el bagaje crítico que eso supone como creadores noveles.

En la primera sesión les hablo de las técnicas que yo mismo utilizo en mis cuadros, y que les muestro, algunos de gran formato, para ser usadas posteriormente sin descartar ninguna de ellas en el taller de arte. Una de las claves de estas actividades es manejar arte matérico y herramientas que de alguna manera implique la construcción física de la obra abstracta final, que es en realidad una escultura. Este tipo de materiales, como papel o arena que van incorporando a sus creaciones, les transmite una libertad inicial necesaria para generar en ellos seguridad y una aptitud participativa, hasta llegar al uso más preciso del pincel, que requiere otro tipo de concentración.

La experiencia final se sintetiza en dos aspectos claves: el compromiso de ellos por el éxito del taller y la percepción de haber construido algo que parecía imposible. La realización posterior de una exposición pública de las obras, poniéndolas en valor, culmina el trabajo del taller de arte creativo, en la que en realidad solo soy un mero mediador de sus propias iniciativas, donde el sentido de grupo y la responsabilidad de los trabajos se asumen no como una actividad educativa, sino como una experiencia emocional que es en realidad educativa.

Entrevista realizada por la Fundación Belén publicada en su revista La Terapia del Arte con el título: Talleres de pintura abstracta del pintor Emilio Vieites. 2021

Algunas veces me han preguntado sobre la manera de ser de Federico. Sobre como era en su persona. Todo el mundo sabe, el universo entero, la categoría de este poeta extraordinario. Esto es un lugar común de todas las culturas, el saber lo que Federico García Lorca representó en las letras del mundo. Pero quizás no se sabe tanto, lo que representó, su persona misma.

Poetas grandes, España ha dado, un número considerable, y en el siglo XX, uno de los más ricos de la literatura española, no han sido pocos los grandes poetas que han honrado esa literatura.

En la primerísima fila, en el primerísimo término, está Lorca. Pero no se sabe tanto, que su persona era, en su poesía, -interrumpo para decir-, en su poesía, podría ser, por alguien, comparado con alguien. Con algún poeta de los españoles. Porque algún poeta ha habido en el siglo XX, de enorme tamaño también. Pero lo que no era comparable con nadie, era, en su persona misma. Era el genio de la personalidad. No he conocido a nadie que tuviera el don de la expresión humana viva, de la presencia, como lo tenía aquel externario ser que era Federico. Tenía una seducción, un poder hechicero, una expresividad corporal tan inmensa, que era, sencillamente, irresistible. Era un fenómeno. Era la simpatía, llamaríamos, elevada a fenómeno cósmico. Era el máximo de potenciación de la presencia humana.

Vicente Aleixandre, premiado con el Nobel de Literatura en 1977, en una entrevista realizada por TVE, hablando sobre Federico García Lorca.

ARTISTAS EXTERNARIOS ALEMANES

IOANNA PSOMA



Burying my troubles

Serie: "Hate images"

2021

Técnica mixta sobre papel

50 x 70 cm

EXTERNARIOS DE OTRA ÉPOCA

JOSEFINA GALLEGO

“Tu presencia está conmigo fuera y dentro, es mi vida misma y no es mi vida, así como una hoja y otra hoja son la apariencia del viento que las lleva”.

Luis Cernuda

Todos tenemos un altar donde dejamos vivos a los muertos. En esa estela de almas se precipitan los recuerdos que reposan los huesos removidos, aferrados a un abrazo pulsante que esculpe los rostros, aunque ya no sean, o no puedan vernos. La felicidad que nos alimenta toda la vida tiene las raíces atoradas en un gesto, en una frase que nos conforta y nos precipita al borde de un Universo que tiene su propia luz.

La primera vez que conocí a Encarna Zamora no tenía por qué nombrar a nadie y menos aún en un encuentro que podía ser tan fugaz como imprevisible. Las luces de la penumbra que nos acompañan tienen recuerdos que adormecen nuestra boca con una verdad inefable que revive todo aquello que nos yergue con esperanza. A veces el amor en presente emana de un tiempo de inocencia, donde todo se salva por una buena madre o una risueña abuela.

Josefina Gallego, nacida en 1870 en el pueblo de Mazarrón, tuvo solo una hija: Magdalena, como su madre. Mujer de su casa, siempre en la cocina, muy bien peinada, presumida, sonriente. Espantaba o a los gatos con un isape!, contundente. Con esa misma firmeza, firmaba siempre como Josefina, aunque dos veces le rompieron el acta de matrimonio porque decían que aquello no era un nombre. Se casó “mocica vieja”, seguramente por arreglo familiar, con un viudo, padre de una niña muy pequeña, fallecida a temprana edad.

Josefina tenía sobre todo un carácter bonachón, cariñosa y muy risueña. A Encarna se le iluminan los ojos mientras me

lo cuenta. Mi abuela se ocupaba de la comida y de los caprichos de todos: Sesos rebozados, papilla de harina tostada, morcillas recién hechas. Se levantaba bien temprano plantándose en la cocina con su delantal de faena. Su nieta me mira y hace un silencio emocionante, sin saber a donde mirar. ¡Muy cariñosa!. A su única hija, a media mañana le llevaba también un ponche con una yema de huevo a la farmacia de la familia, y mi padre que la adoraba, le devolvía el cariño todos los días con un bombón o un caramelo. Seguramente por ver esa sonrisa que la hacía tan especial, tan de quererla.

No es fácil asumir la vida, si se defiende de frente; en la trichera, donde se manejan las cosas que nos importa. Con ese mismo tesón con el que uno se desvela para cuidar de los suyos, y al mismo tiempo estar bien peripuesta. Aun sin salir demasiado de casa, como mucho a la modista o a misa de domingo, mientras el puchero se dejaba reposar y las cosas tenían ese sabor que tanto nos emociona.

Por las tardes Josefina se sentaba varias horas atusando su pelo con un peinado superhistoriado, eran modas de otra época que te dejaban retratada con elegancia. Erguida y maquillada con los colores de la juventud, no necesitaba cubrirse de demasiada luz para mostrar una mirada serena, que deja las palabras sin acentos. Y con una leve sonrisa, que tenía que ser en realidad una carcajada sonora.

Con el tiempo Encarna descubrió en su abuela a su mejor amiga. Al cumplir los diez años se desplazó a Murcia para ser alumna de un internado de la capital, postergando las visitas para las vacaciones. Y aunque los años se precipitaban sin remedio, nada podía cambiar el hecho de descubrirse en esa bañera de zinc, con pies de águila, que Josefina plantaba en medio de una habitación, que era en realidad una despensa enorme, dejando a una niña repleta de vida con los brazos abiertos. Sí, yo era isu nena!, dice Encarna, isu caracol boquinegro! Así la llamaba cuando el sol de Mazarrón dejaba tostar su piel cubierta de sal, de un mar lejano aún más

limpio, donde los niños se rebozaban de una felicidad que no necesita adornos.

A ese mar que cada 22 de julio, día de la Magdalena, y santo de su única hija, se emprendía el viaje de cinco kilómetros desde el pueblo de Mazarrón a la playa de Nares. Un camión verde, de gasógeno, de la empresa Transportes Salinas temblaba con los baches, con todo repleto de enseres, que dejaba su abuela escrupulosamente ordenados en cajas y baúles como el Titanic.

Encarna se sentaba detrás, con su hermano, “el nene”, mientras sus padres, a lo lejos, se adelantaban con la moto *Rieju*, en una estampa antigua que ya no puede olvidarse. No es difícil imaginar todos los colchones de lana liados en rollos, jarapas, mantelerías, y el orínal de cada cual bien embutido. A la media hora llegaban al número 13 de una casa de playa, de las pocas que existían de veraneo, en un tiempo donde las estrellas y los quinqués iluminaban los rostros de una manera distinta.

Cuando intentas describir la vida de los otros, los años no se ordenan más que por circunstancias que dejan a las personas enfrentándose a la adversidad. La memoria tiene ciertas veleidades que nos hacen recordar lo que queremos, con esa reverberación que tienen los sucesos. Algunos como la guerra civil española que dejaron al marido de Josefina en la cárcel, sin ser político ni parecerlo, con ese nombramiento que se hacía a dedo para ser constituido como el último alcalde republicano de Mazarrón.

Pero su abuela no hablaba demasiado de aquella época. Su templanza tenía una férrea solidez sustentada en la protección de los suyos y en la devoción de su Virgen de la Inmaculada, que con los años, terminó desenterrada en tiempos de posguerra, y a salvo, hoy en día, en la casa de su nieta en el Portón de los Jerónimos.

“La vida no es lo que uno vivió sino lo que uno recuerda y cómo lo recuerda para contarla”, aquella frase de Gabriel García Márquez me venía a la memoria mientras la luz de una hora de siesta nos dejaba haciendo la digestión de unas migas demasiado secas.

Ni en tiempos pretéritos, ni aún más recientes, podía decirse que Josefina Gallego no tuviera la necesidad de relacionarse fuera de su casa, más bien las vecinas acostumbraban a visitarla y eso a ella la encantaba. No es de extrañar que terminara contando anécdotas de sus hermanos, que eran muchos, sobre todo de su hermana Ana María y sus sobrinos, un tanto calamitosos. Josefina, recuerda Encarna, la reñía cada vez que se sentaba de espaldas a la playa de Nares. ¡Muchacha mira el mar que se te ahogan tus hijos!.

Se preocupaba de todo el mundo, de que todo estuviese en orden, sin enredos, los dorados muy dorados, las cortinas muy almidonadas. ¡Hiperperfeccionista!, dice su nieta. Y sin embargo tenía un ingenio que la hacía especial, hasta cuando soltaba sin previo aviso algunas de sus frases y nos dejaba a todos temblando de la risa: ¡Mira que cabeza llevas, pareces el camamuri!.

El cronista de Cartagena Luis Pérez Adán ha tenido que aclararme esta expresión que hacía referencia a un individuo, con nombre extraído de la novela de Emilio Salgari 'Sandokan' que tenía desde luego una apariencia exótica que no pasaba inadvertida. Lucía un abundante pelo grifado, bufado, muy semejante al que posteriormente se conoció como «afro».

Así que la expresión que sostenía Josefina y que adopta por empatía su nieta en la actualidad, alude a alguien con el pelo desordenado, un tanto asalvajado y un poco rebelde. Esto último lo añadido yo, sobre todo cuando recuerdo que Encarna, dejaba entrever, que su abuela ya comenzaba a pesarle los años, y tenía con esa inclemencia que da la edad, la necesidad de seguir arreglándose el pelo y maquillarse su rostro como fuera, con ese ingenio que da la supervivencia y un corcho de

champán ahumado con el que se pintaba las cejas, cuando su hija, que le endemoniaba tanta pintura, le escondía el estuche de maquillaje.

Y después de todo, dibujar con cuatro trazos el tráfago de toda una vida, la de Josefina Gallego, pudiera ser hasta frívolo, si no fuera porque a veces hay cuadros que pueden iluminarse con esa sencillez con la que uno recuerda la cosas que son ciertas, las que no necesitan de tanta grandeza, ni ser ensalzadas en el altar de la banalidad, donde se alimentan siempre los que no saben pasar hambre.

Hay pocas circunstancias que impidan por derecho propio contemplar en este libro que habla de seres externarios aquellos que han sido testigos de una época, de otro siglo, en donde, por encima de la barbarie que sufrió este país en los años de la guerra civil española, fueron un ejemplo de vida para los demás, con ese carácter bonachón y alegre que tanto me repetía Encarna Zamora Navarro y que no dejo de recordar aquí. La memoria siempre nos desvela una imagen que se atesora profundamente, con esa necesidad que tenemos de sentirnos libres otra vez, capaces de afrontar la verdad de frente, sin tapujos. No es difícil imaginar a una niña aupándose a la ventana para descubrir en la distancia la figura de su abuela sentada en su baño de orilla, junto a la “piedra del Escú”, con ese sol de verano de primera hora que te deja los ojos sin abrir y una alegría que no necesita más que un abrazo en ayunas y dos palabras: ¡Abuela pescao!. El que le hacía bien frito Josefina para desayunar, con el mismo cariño con el que la acunaba cada noche, también en verano, cuando las estrellas fugaces llamadas Perseidas recorrían en agosto el firmamento.

Y en ese mismo mes, su nieta, ya más mayor, volvió a mirar al cielo para despedirse de una de ellas por última vez, sin dejar de sonreír, con la serenidad que da saber que te han querido profundamente, en un tiempo donde uno se acuerda de las cosas sencillas que no necesitan demasiada luz para alumbrarnos toda la vida.

Emilio Vieites
15 de octubre de 2021



Rincón del Escú. Playa Nares de Mazarrón.

